

# GENIIT

*sociología*  
*ciencia — literatura*

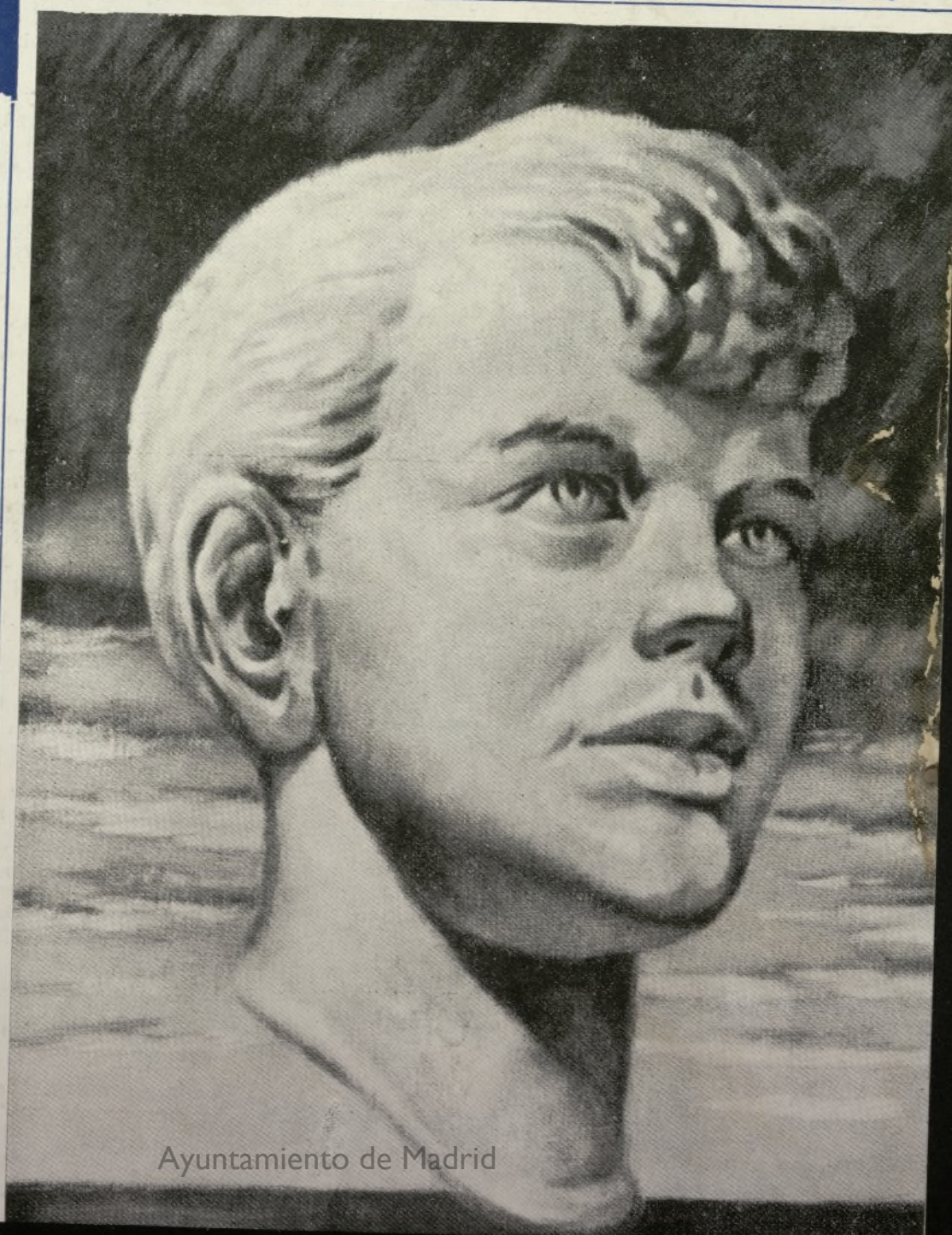
## Sumario

Benito Milla: Reflexiones sobre temas vigentes. — Ugo Fedeli: Giuseppe Fanelli. — J. Carmona Blanco: Gandilejas. — Mariano Viñuales: Pequeñas semblanzas. — Pedro Enriquez Ureña. — Hem Day: Valor literario de William Godwin. — Puyol: La ruta sin fin (Novela fantástica y real). — Angel Samblancat: Consideraciones de Fastos. — André Prunier: Los desheredados del humor. — Tony Gibson: La rebelión de la escuela. — Vladimir Muñoz: Eugen Relgis, humanista libertario. — Eugen Relgis: El apocalipsis de William Blake. — Fraternal: La C.G.T. argentina al dictado de la dictadura peronista. — Volga Marcos: Leyenda de flores. — Fritz Brupbacher: Marx y Bakunin.

# 32

AGOSTO  
1953

Revista Mensual



Ayuntamiento de Madrid



## NUESTRA PORTADA

El artista que decora nuestra portada ha querido entonar un canto a la nueva generación.

El mundo, el de los atormentados, no el de los que seestean a la sombra del frondoso árbol de la indiferencia, se descompone entre los que miran hacia atrás, y opinan que todo tiempo pasado fué mejor, y los que partiendo de una concepción inexorable del progreso andan constantemente a la greña con el pasado y con el presente, cifrando sus más caras ilusiones en el porvenir. Y al pensar en el porvenir se piensa en las vidas y milagros de las generaciones venideras.

Independientemente de lo que pueda prometer el futuro y de lo que dió de sí el pasado, cada hora, y cada época, tiene su afán. El nuestro es el presente, este presente que nos ha tocado vivir y que egoísticamente quizás situamos en el ombligo de la historia.

Toda época tiene derecho a sentirse trascendental, y el futuro es sólo real en la medida en que deja de ser futuro. No hay pues un futuro trascendental sino en el sentido metafísico de la palabra. Quienes sostienen lo contrario cultivan un comodín peligroso: el de la evasión de la realidad y de las responsabilidades del momento.

No hay más nueva generación que la que abarca nuestra mirada; los hombres y mujeres en agraz y lo que palpita en el seno de las prontas a ser madres. Cierta pléyade de futuristas seguirán meciéndose en el azul de su cielo; nuestro reino está en la tierra y nuestra felicidad de hoy. De hoy o de nunca.

Cualquier filosofía hipotecaria, con vistas al pasado o al futuro remotos, que deje en yermo el campo de las realidades de hoy, no es reaccionaria ni revolucionaria: es una abstracción.

## LA PENSÉE CHINOISE ET SON RÔLE DANS LA GRANDE SYNTHÈSE HUMAINE

por Paul GILLE

Se trata de un breve estudio de psicología, en donde, de una manera clara y concisa, queda reflejado el fondo moral que ha caracterizado, desde los tiempos más remotos, la filosofía de los pensadores chinos. Es una exposición objetiva que ha de interesar a todo aquel que se complazca en estudiar la evolución del pensamiento ético al través de los tiempos y de los pueblos.

Este opúsculo, incluidos gastos de envío, se sirve a 60 francos. Pedidos a «CENIT», 4, rue Belfort, Toulouse (Haute-Garonne).

## CENIT

REVISTA MENSUAL  
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA  
Y LITERATURA

Comisión de Redacción: José Peirats, Juan Ferrer, Federica Montseny.

Administrador: F. Montseny, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).

Precios de suscripción: Francia, 204 francos trimestre; Exterior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).



# REFLEXIONES SOBRE TEMAS VIGENTES

## LA DEFENSA DE LA CULTURA



La cultura, como función creadora, es libertaria. Lo es, porque toda función del espíritu se promueve dentro de la libertad original e inalienable del individuo y necesita, para su expansión y comprensión, un nuevo clima de libertad social. El poder creador es una expresión incontenible de libertad individual que busca su afirmación en la libertad del conjunto. En este sentido la cultura no es conquistadora. En la dramática dualidad en que se debate el hombre históricamente, la cultura es lo opuesto a la violencia y al poder absoluto. Sus diversas gradaciones perfilan y valoran el contenido de una sociedad o una época.

La cultura delinea el contorno moral como la técnica el económico. Pero los valores que la promueven y sustentan son independientes, en cierta manera, del complejo técnico. Una civilización puede desarrollarse y engrandecerse al lado de una cultura irrisoria. Un mundo altamente mecanizado como el nuestro, puede mostrarse inferior culturalmente a los pueblos de la Hélade. La felicidad no es una función eminentemente económica, sino cuestión de valores estrechamente relacionados con el sentimiento y la libertad. La cultura promueve esos valores, los desarrolla, los ensancha, los enriquece. La cultura se vincula al goce estético, a la satisfacción moral, al sentimiento del deber, al sentido de libertad. La técnica puede significar la destrucción de todo eso, aunque no necesariamente. Pero el que pueda significarlo demuestra la independencia de ambos conceptos y también la primordial categoría de la cultura. Porque en la medida que ésta afirme valores humanos la técnica responderá a principios humanos o no.

La creación cultural, el juego de las ideas, la afirmación del espíritu por el pensamiento es una lucha y un riesgo. La aventura de las ideas tiene sus sacrificios y sus víctimas a lo largo de la historia. El homenaje que les rendimos es el recuerdo emocionado que todavía suscitan entre nosotros, la cálida admiración a que nos mueven esos héroes pacíficos, inmolados miserablemente en aras de los dioses terribles

del fanatismo y de la tiranía. Pero su ejemplo y su sacrificio nunca fueron vanos, porque se ha repetido constantemente. Esa continuidad resalta a la luz de la historia la permanente e irreductible vocación del hombre por la libertad de creación. Afirma valerosamente su condición superior, su afán de progreso, su voluntad de realización de una solidaridad para siempre asentada sobre valores fundamentales comunes a todos los hombres. Porque la cultura es una función social por excelencia y a través de ella se han formulado los grandes principios rectores de la condición humana. Lo que nos separa y distingue del antropoide son los siglos de cultura progresiva que hemos interpuesto entre las grutas, las selvas y nosotros. Desde el momento en que alguien osó afirmar: *Hombre soy y nada de lo que es humano me es ajeno*, el principio de la idoneidad de la especie queda establecido para siempre y la aspiración tenazmente alimentada en el espíritu humano de una solidaridad universal, sin guerras ni desigualdades, es puesta en marcha y busca su realización a través de desastres y persecuciones.

La historia de la cultura pone de relieve la presión constante a que se la ha sometido por parte de la autoridad en ejercicio, cualesquiera que haya sido, constitucionalmente hablando. Esa colisión permanente entre la cultura y el poder evidencia meridianamente el espíritu libertario de la cultura, su flagrante contradicción con el orden estatuido, su irrevocable sentido de continuidad y transformación, valores éstos que han sido siempre refractarios al quietismo, a la obediencia, a la sumisión que todo poder exige. El poder paraliza o, cuando crea, sus realizaciones tienden únicamente a afirmarlo. Por eso la autoridad, que no ha interferido jamás los adelantos de la técnica, obstruye la capacidad expansiva de la cultura. El drama de nuestro mundo deriva de la desventajosa posición de la cultura en relación con la técnica y de que ésta, utilizada para fines de poder, aumenta el poder abstracto, vacío, en detrimento de la libertad cada día más amenazada. De este desequilibrio se desprenden otras consecuencias lamentables para el hombre, como el miedo y el odio que, neutralizándose mutuamente, dan lugar a vastos complejos de frustración y resentimiento sociales que engendran a su vez catástrofes impre-



visibles y retrógradas. La última consecuencia de este proceso es el terror, el establecimiento de una sociedad fundamentada en el terror y reaccionando colectivamente por el terror.

### VIOLENCIA Y CULTURA

El terror es una actividad nocturna y se define por el desenfreno. Una sociedad terrorista carece de medida y sus procedimientos son suscitados por una tensión irracional fomentada desde el confuso subsuelo en el que yacen latentes y a oscuras los instintos rechazados. Al emerger de nuevo, el gorilismo ancestral cobra un aspecto paradójicamente siniestro, pues une a los instintos primitivos la eficacia de la técnica moderna y el conocimiento científico de la crueldad. Así dotado, el primitivismo de los instintos se supera en alardes de incalculable terror, extendiendo su garra sanguiñaria sobre vastas capas sociales. Su primera consecuencia es el ataque a mano armada contra la cultura, sus instituciones y sus cultores. El vandalismo hitleriano quedó para siempre gráficamente definido por sus *autos de fe*. Las hogueras de libros y manuscritos son las únicas iluminaciones de un Estado terrorista. Pero al mismo tiempo, la sociedad entera tiene que pagar el tributo de sangre que ineludiblemente exigen esos regímenes mortales. La desaparición de la cultura y sus manifestaciones presupone de inmediato la supresión pura y simple de la libertad más elemental. Y la incorporación masiva del conjunto a un proceso de deshumanización llevado hasta los límites del sacrificio. La resultante es el terror extremo: la guerra.

Comprobamos, pues, que al auge de la cultura acompañan valores positivos y humanos, valores de paz y de libertad que son consubstanciales a los principios que rigen toda creación cultural. La diversidad de sus manifestaciones nunca supone un trasfondo agresivo y brutal. Las ideas no se imponen, y aquellas que aspiran a imponerse no son las derivadas de la pura especulación original; éstas tienden a proyectarse, contrastarse y vivificar el conjunto con su aliento entusiasta, nunca a reinar en el silencio de las supresiones o los cementerios. La cultura formula ideas vivas y que ayudan a vivir. Promovidas por el poder de creación del espíritu, sólo en la luz y en la vida pueden existir. Pero la vida es diversidad, variedad, multiformidad. Reflejo de esa vida múltiple y palpitante, la cultura es también multívoca en sus manifestaciones, que aspiran a conciliar contrarios en una armonía universal y no a reinar en el vacío de las exterminaciones. La cultura, pues, nos acerca al conocimiento exacto del sentido de la libertad.

### ¿QUE ES LA LIBERTAD?

El sentido de la libertad es uno de los más constantes en la historia del hombre. Pero rara y fragmentariamente accedió al estado de realidad. Sin embargo, a través de él se jerarquiza la persona, se humaniza cabalmente. La acción y la vida del hombre cobran con él diaphanidad y verdad. En el sentimiento de libertad se ilumina la conciencia individual, predisponiendo las relaciones humanas hacia el amor y la justicia. Porque la libertad fundamental aparece previamente como don del alma, dentro de cada uno, y se extiende como signo de confianza y de mutuo entendimiento, nunca como producto de la imposición. Un producto puede imponerse, pero un sentimiento busca correspondencias, no sumisiones. La libertad es, antes de nada, capacidad de diálogo, respeto, solidaridad. Mi libertad es un concepto vacío si no entra en relación con la libertad de los demás. Tampoco puede crecer y afirmarse en detrimento de la libertad de los demás porque entonces se convierte en despotismo. El ideal de la libertad es la relación, la comuni-

cación, el calor humano. Esos son los elementos constitutivos de la libertad, los que la perfilan en aquellas épocas que más se acercan a su mejor realización.

La libertad no es un concepto frío y doctrinal. Está sometida a las gradaciones y cambios del espíritu humano. Por eso no puede planificarse, estratificarse, cuadrarse.

Los planificadores de la libertad son, en realidad, los constructores de la dictadura totalitaria. Cualquier esquema de la libertad es una camisa de fuerza para la libertad. El Estado, en cualquiera de sus manifestaciones, es un intento de libertad planificada. En realidad viene siendo, a través de la historia, la camisa de fuerza de la libertad. El Estado, se dice, ordena y limita la libertad de cada uno para que no entre en colisión con la de todos. En la realidad hace *tabula rasa* de la de todos para imponer la suya. Por eso es siempre despótico y arbitrario. El Estado democrático, sometido a los forcejeos de los partidos políticos, ofrece como libertad químicamente pura los torneos electorales en los cuales se mixtifica la conciencia pública a través de un repetido escamoteo de programas verbales. El Estado totalitario suprime lisa y llanamente los programas y los torneos y se afirma como suprema manifestación de la libertad general. En ambos casos la libertad es humillada o destruida.

El Estado es una realización acabada, un fin en sí mismo, que extrae su fuerza y substancia de su absoluta razón de ser. Su superioridad no se discute porque su esencia es intangible. La libertad, en cambio, es superadora energía del espíritu, siempre abierto a las sugerencias externas que lo enriquecen en la variedad. Cuando decimos libertad de opinión, de pensamiento, de reunión, de tránsito, de palabra, etcétera, afirmamos la multívoca esencia de la libertad contra la uniforme tiranía del Estado, pues esas peticiones siempre se dirigen a él, que es el gran conculcador de libertades. De ahí que Estado y libertad sean expresiones irreconciliables y que la lucha de la libertad sea siempre la lucha contra el Estado.

### NATURALEZA DEL ESTADO

La primacía estatal se resuelve por una planificación acrecentada de la sociedad. Contra la libertad creadora el Estado opone la planificación. La planificación limita y controla: dictamina. Esto puede hacerse y aquello, no. Por aquí se puede pasar y no se puede pasar por allí. Planificación es un eufemismo conceptual cuando se aplica a las relaciones humanas. Su naturaleza intrínseca es la regimentación. La regimentación de la sociedad persigue su objetivo calificado: el orden inmutable. La estructura íntima del Estado revela su monstruosa catadura en sus designios latentes. Se completa a sí mismo mutilando la naturaleza del hombre y su sociedad.

El Estado democrático se niega políticamente al recurrir a los métodos de la planificación, pero en ellos se realiza lógicamente. Democracia significa gobierno de la mayoría bajo control representativo ejercido por los parlamentos. Pero la naturaleza histórica del Estado responde a móviles más profundos. Sus sueños y aspiraciones inconfesadas tienden a la totalidad, al delirio totalitario. Por eso los representantes modernos del Estado absoluto son psicópatas reconocidos, delincuentes criminales erigidos en conductores de una máquina de crímenes. Bakunin adivinó esta realidad señalando la naturaleza delicuescente del Estado y añadiendo que, aún los más pequeños e inofensivos, delinquen en sus sueños frustrados de poderío y grandeza. Pero su frustración es impotencia, no bondad de ánimo o conciencia de la ley. El código es la primera empresa de planificación del Estado y de sus estamentos laterales. Es la primera incursión a mano armada contra la libertad individual. Poco a poco, la marea de la ley se ha hecho tan tupida que apenas si queda



espacio respirable para las actividades humanas sin incurrir en hecho sancionable. La planificación económica terminará por asegurar al Estado el dominio absoluto del mundo, hasta hace poco compartido por dos poderes dependientes: el Capitalismo y el Estado.

El poder vacío, principio y fin en sí mismo, es la derivación histórica de la autoridad restringida después de un largo proceso de acumulación por ejercicio y rapiña. La grandeza y decadencia de los imperios señala el movimiento pendular del poderío. Crecen por la conquista y se hunden por la degradación. Su desarrollo y su derrota son una iniquidad determinada por su naturaleza genuina, surgida del mal. Nietzsche, al creer encontrar la constante histórica en la que se mueve el hombre en la voluntad de poder, fundamentó absurdamente la locura de los psicópatas de nuestro tiempo, desmesuradas caricaturas de un superhombre imposible. Cuando definió el Estado como «el monstruo más frío de todos los monstruos fríos», adivinaba la inmensidad yerta que se oculta en las entrañas del Leviathán. Pero cuando afirma que todo lo que existe «persigue el poder, el poder en el poder», justifica el más perfecto instrumento del poder, que es el Estado. Esta es la meta del poder, su invariable objetivo, su modo histórico de realización. Todas las otras reducciones o maneras de ejercer el poder están determinadas por la incapacidad, pero tienden a la misma grandeza criminal. «Cuando vemos que un gran hombre —dice Martín Buber— anhela el poder en lugar de la meta real (la encarnación del espíritu), nos damos cuenta de que no está sano, mejor dicho, que no es sana su relación con su obra». En efecto, el poder es la substitución de la libertad creadora, que funda su grandeza en la fraternidad y el amor, por los abismos de la guerra hacia los que nos conduce una mentida grandeza.

### VALOR INTRINSECO DE LA REBELION

Frente a la voluntad de poder, el espíritu de rebelión presenta un estado de conciencia superior en el individuo, una valoración superlativa de su sentido de la dignidad. El hombre en rebelión contra la injusticia sabe que su actitud entraña un principio integral que lo afirma en su voluntad de ser libre. Y sabe, además, que por su gesto reivindica la libertad de todos y para todos. La rebelión es, pues, intencionalmente, la inocencia requerida para acceder a la acción revolucionaria. Si no parte del puro manantial, si no se ha templado previamente en sus aguas inspiradoras, el revolucionario arriesga en la acción el contenido vital de la libertad y los fines más elevados de la justicia. La revolución, cuando responde a un profundo estado de conciencia, es revelación del espíritu de justicia. En efecto, la revolución sólo puede ser, para nosotros, un estado de revelación, es decir, el perfil material de sueños, esperanzas y anhelos sociales hechos conciencia y designio. Una revolución carece de sentido libertario si ya contiene en el seno mismo de sus aspiraciones la finalidad de un nuevo régimen dirigido. Es una revolución a la medida, cuyo carácter y alcance puede ser modelado y determinado por un grupo militar o una banda de conspiradores, profesionales.

Al cuadrangular los valores puramente emocionales de la rebelión, el teorizante los dogmatiza, los desvirtúa, los congela y los convierte en el automatismo doctrinal en el que se justifican más tarde los nuevos despotismos. Esta es la misión de ciertos estados mayores revolucionarios, secundados por los planfretarios que reducen el papel de la inteligencia al de simples y perversos instigadores. En éstos, el lenguaje adquiere rigidez, endurecido tras un previo proceso de racionalización teórica. Finalmente, toda la doctrina llega a resumirse en una fórmula mágica, supremo *abracadabra* para abrir las puertas del futuro revolucionario: *disciplina*. ¿Qué es la disciplina, sino la substitución burda y

grosera de todos los impulsos vitales por el automatismo dirigido? La disciplina niega la luminosa espontaneidad de la revuelta, su contenido primigenio fundado en la esperanza de la libertad. La disciplina devuelve al hombre a su vieja condición de esclavo porque en sí misma supone una nueva renuncia, una nueva sumisión. La disciplina es la antítesis de la rebelión y la carcoma del espíritu revolucionario. La disciplina aparece allí donde el manantial de la rebelión se ha secado. Su aparición coincide con el achatamiento moral, con el empequeñecimiento y destrucción de la persona.

Lo que históricamente ha venido labrando la desdicha del hombre en el mundo ha sido su capacidad de renuncia y de sumisión, sus aptitudes para conformarse a una simetría social absurda, de la misma manera que a lo largo de la historia todas las esperanzas han estado justificadas por la rebelión del esclavo, del siervo, del proletario, del hombre, en fin, desvinculado de todos los prejuicios. Son dos maneras fundamentalmente opuestas en la vida de la humanidad, la de la disciplina y la de la rebelión. ¿Qué sutil artimaña ha podido establecer la confusión descomunal que significa la amalgama de maneras tan radicalmente contrarias? El puente de unión tendido entre los revolucionarios profesionales y los intelectuales partidarios ha obrado el milagro. Unos y otros han coincidido tácitamente en establecer una magnífica división del trabajo, mandando al pueblo a las tareas más rudas mientras ellos dirigen y elaboran las condiciones de la nueva felicidad. En realidad prosiguen haciendo la historia en el sentido secular, subvirtiendo únicamente las condiciones de mando y sus apariencias. Fatalmente, el espíritu de dirección precede al espíritu de casta. El estado mayor de la víspera es el gobierno en ciernes de la revolución triunfante de mañana. Y en su seno están latentes todos los gérmenes de poder, que sólo necesitan el clima necesario para desarrollarse. Repiten, al día siguiente de la victoria, los actos inexorables de toda conquista. Y al luchar por arraigarse y extenderse ahondan y agrandan las injusticias inherentes a toda acción de conquista.

De este tipo de acción se nutre la nueva casta de los jefes políticos, expresión contemporánea de los antiguos hombres de presa, directores violentos de los viejos clanes. Su presencia es un regüeldo tribal, una prolongación del pasado, un anacronismo militante y empecinado, conservado en los repliegues de la historia esperando la hora de los asaltos. Su aparición sólo sirve para corromper el material vivo de las rebeliones populares al depositar en su curso las ideas oscuras del mesianismo y la dirección en sentido único. ¿Se quiere más burda caricatura de los legítimos anhelos revolucionarios de los pueblos que esos regímenes llamados populares instaurados al este de Europa? ¿Puede negarse, sin embargo, que las camarillas que ahora los dirigen no tienen sus raíces en el pueblo mismo, que provienen de él y que hasta contaron con sus simpatías y su concurso en un momento determinado? Sin embargo, la más tremenda culpa que pueda echarse sobre esas camarillas es precisamente la de haber convertido los anhelos populares en esa horrenda realidad que son los regímenes policíacos. Si una revolución debe aspirar a sobrevivir en la pureza de sus aspiraciones libertarias, debe comenzar por renovar cotidianamente su espíritu de transformación. A los pueblos que la realicen les concierne llevar a cabo una permanente vigilancia de sus principios emancipadores, evitando que las llamadas minorías directoras consigan estabilizar, controlar, estatuir o fijar el libre curso de la nueva vida. Porque el llamado orden revolucionario no es otra cosa, en el fondo, que la terminación del proceso de la revolución y su suplantación por un nuevo poder, casi siempre más sanginario que el que le precedió.

Benito MLLA



# CANDILEJAS

«Candilejas» ha llegado a Montevideo algunos meses después de haber sido estrenada en América del Norte y en la mayoría de ciudades europeas. Quiere decirse que nos ha sido dado leer la literatura y la crítica, abundantísimas ambas, a que ha dado motivo la última realización de Chaplín, antes que el objeto haya sido expuesto a nuestra mirada y a nuestros oídos. De mirada y de oídos trataba casi todo lo que hemos leído. Este es el problema y el dilema del cine moderno.

Si decimos que «Candilejas» ha logrado impulsarnos — a nosotros, meros espectadores — a escribir sobre cine, es decir ya que la película nos ha conmovido. No debe entenderse que penetramos — sería con audacia — en el escabroso terreno de la crítica cinematográfica. Se trata de literatura. Lo hacemos con el consentimiento de los críticos que han acusado de literaria a la película de Chaplín, reconociendo casi todos ellos como buena su literatura. Tan mezclado anda el concepto cinematográfico de los críticos con el concepto literario de los mismos, tan mezclada se halla la literatura con la cinematografía en «Candilejas», que nadie se atreverá a reprocharnos estar invadiendo terrenos que no nos pertenecen.

Pero para nosotros antes que «Candilejas» estaba todo lo que habíamos leído a propósito de ella. Se dijo que Chaplín, el veterano y recalcitrante defensor del cine mudo, se había por fin decidido a hacer su aprendizaje en el cine sonoro. Que bajo ese punto de vista «Candilejas» era una verdadera promesa, con todas las virtudes y todos los defectos de una promesa. Por lo que respecta a estos últimos, había que hacer notar que el más largo tramo de la película pecaba no sólo de literario sino de retórico. Traducida al lenguaje popular de los periodistas tal afirmación significaba que, a pesar de no estar desprovista de interés, la película era un «ladrillo».

El problema fundamental del cine moderno está planteado entre la imagen y la banda de sonido. El cine tiene, como toda arte, su lenguaje propio que es la imagen, pero los progresos de la técnica añadieron a la extremidad del celuloide la sensibilidad de registrar y emitir junto a la imagen el sonido. Nació la palabra. Porque la incesante búsqueda del sonido desde que nació el cine tenía un nombre concreto: palabra. En aquella oportunidad el cine perdió su norte. Se filmaron películas que sólo servían para mostrar gentes que hablaban y a las que se podía escuchar. Otro tanto ocurre ahora con los primeros ensayos tridimensionales, en los cuales se trata solamente de mostrar objetos — automóviles, locomotoras, fieras, pistolas — que avanzan sobre el espectador amenazándole el rostro. En aquella oportu-

nidad como en ésta nacía, no un nuevo concepto de la cinematografía, sino una nueva posibilidad. Al igual que el descubrimiento de la tercera dimensión fué una nueva y gran posibilidad de la pintura que no la transformaba en su esencia. Los dividendos tienen su importancia. Mientras los directores idealistas no lograron hacer coincidir el verdadero cine sonoro con la taquilla, el cine anduvo al garete en un mar de verborrea. Cruzado el cabo, comenzó la rehabilitación de la imagen como auténtica forma de expresión de la cinematografía. Rehabilitación que no ha terminado todavía, pudiendo ser contadas sin esfuerzo las películas sonoras a las que puede darse el nombre de perfectas realizaciones cinematográficas.

Chaplín se resistió a aceptar esa nueva posibilidad que la banda de sonido ofrecía a la cinematografía. ¿Causas? A lo largo de estos años en que Chaplín ha luchado a brazo partido para hacer prevalecer su concepción del cine, han sido enumeradas varias. Quizás en todas ellas haya una parte cierta. Pero nosotros, lo hemos dicho ya, estamos haciendo literatura. Preferimos aceptar como personalidad de Chaplín la que él mismo ha deseado exponernos en sus películas, en su obra. La obra no es siempre la total personalidad de su autor, pero es indiscutiblemente auténtica parte de ella. Chaplín creó un individuo al que no podía destruir sin destruirse a sí mismo. Crear un individuo es cosa muy distinta a representar un personaje. Crear un individuo es crearse uno mismo, hacerse. Puede preguntarse si ha habido o volverá a haber un actor tan bueno como Laurence Olivier, y puede contestarse que sí, porque es posible dar una versión de Hamlet tan buena o mejor que la del actor inglés sin que ello afecte a la gran personalidad de actor de Laurence Olivier. Es cierto también que es posible formular la pregunta de si volverá a haber, después de Chaplín, otro Charlot; pero es obvio que la respuesta es negativa, porque no es posible crear un individuo igual a otro sin imitar al primero y, lo que es importante también, sin poder eliminar las diferencias entre dos mellizos, uno de los cuales ha nacido después.

De esta diferencia, que separa a Chaplín de los demás actores, sin menoscabo de los últimos, que ha hecho de Chaplín una excepción, como es una excepción todo individuo frente a los demás, nace toda su polémica — mantenida con altura: «La Quimera del Oro», «Luces de la ciudad», «Tiempos Modernos», «El gran dictador», «Candilejas» («Candilejas» también) — con el cine moderno. Todo individuo pide su lugar en el mundo. Un lugar en el mundo es un concepto de la vida que se quiere hacer respetar. El



individuo Chaplín, con su lugar en el mundo cinematográfico, es un concepto de la cinematografía. Un concepto que basta ser simple espectador para comprenderlo: Si la auténtica forma de expresión del cine es la imagen, la auténtica forma de expresión del actor cinematográfico es el gesto. La banda de sonido puede subrayar no transformar la expresión cinematográfica. Lo que no diga la imagen no lo dirá la música, lo que no diga el gesto no lo dirá la palabra ni la modulación de voz.

La polémica es una batalla intelectual. Toda batalla tiene el inconveniente de eliminar el justo-medio convirtiéndolo en tierra de nadie, a la que sólo bajan los contendientes para cambiar mandobles. La natural posición de defensa de los combatientes son los extremos. Frente a la verborrea la mudez. Hay todavía más. Tiene que ver con el concepto humanamente individualista de Chaplín. Chaplín ha creído más en el actor que en la fotografía, en la imagen como producto del gesto que de las cosas. La fotografía es el medio de llegar al público — noble medio cuando lo es —, lo que el actor desea expresar con el gesto es el fin. El gesto es, pues, el gran medio. Lo que no diga el gesto no lo dirá la fotografía cuando lo que se quiere expresar tiene que ver con el individuo. El gesto no es una forma plástica cuyos cambios se compaginan para darle vida. El gesto vive por sí mismo y la fotografía capta y reproduce esa vida. Tales afirmaciones son las que separan al director Chaplín de otros muchos directores. El director Chaplín sabe que no es fácil controlar, encasillar, prever, el gesto, es decir la vida del actor Chaplín, que no es un personaje sino un individuo. Quizás esta misma constatación sea la que acerca cada día más a Vittorio de Sica al concepto humanamente individualista chaplinesco. Vittorio de Sica tiene sobre Chaplín, entre otras, las ventajas de no ser una excepción — individuo y personaje a la vez —, de haber llegado a su madurez cuando el cine sonoro, después de la gran batalla entre los extremos, había casi recuperado su norte. El porvenir es suyo.

Deberá comprenderse que estamos lejos de afirmar que ésta es la única y auténtica concepción cinematográfica. Lo es cuando se trata de enjuiciar a Chaplín. Cuando se barajan auténticos medios de expresión cinematográfica, cuando se elijen los que se consideran mejores para expresar lo que se desea expresar — no es siempre un individuo —, el resultado es cine a pesar del descarte. Lo que es parte con relación al todo, es todo con relación a la parte en sí. Cada concepto es su propia medida. La calidad es otra cosa. ¿Cuál es la verdadera concepción cinematográfica? Una pregunta más. ¿Cuál es la verdadera pintura, la representativa o la no representativa; la naturalista, la surrealista o la constructivista? Y ¿qué tiene que ver todo esto con la calidad?

Mas «Candilejas» aparentemente contradice algunos de los principios fundamentales del concepto cinematográfico de Chaplín. Algunos críticos han afirmado que Chaplín está realizando su aprendizaje en el cine sonoro. Lo que no sería nada. Hay que hacer notar lo grave: el recalcitrante defensor del gesto frente a la palabra ha producido una película no sólo literaria sino además retórica. Un Chaplín que habla, que no lleva bombín, ni bastoncito, que no tuerce los pies en sus botas hambrientas, tiene

toda la apariencia de haber cambiado de campo. Ahora es un actor y director como todos los demás, al que se puede juzgar con la medida común. ¿Su pasado? No existe. Pero ¿una obra no es el resultado de una trayectoria, aunque su autor no lo quiera? ¿Es «Candilejas» verdaderamente un nuevo aprendizaje? Alguien ha dicho que «Candilejas» es el testamento de Chaplín, la síntesis de su obra. Todo lo contrario de un aprendizaje. De ser así sería razonable suponer que en el fondo de esas aparentes contradicciones existen conclusiones largamente meditadas. Nos inclinamos a creerlo. No es posible olvidar de repente que Chaplín ha sido y es el filósofo de la cinematografía. «Candilejas» es, nosotros no lo dudamos, ciertos rasgos autobiográficos lo apoyan, el afán de Chaplín por condensar en su película sus opiniones sobre lo humano y lo divino lo corroboran, la síntesis chaplinesca. ¿Por qué no ha de estar también en «Candilejas» su síntesis cinematográfica? Analicemos la película.

Hay en «Candilejas» dos partes perfectamente definidas y delimitadas. Una es su primera mitad: diálogo interminable entre Calvero y la bailarina, apenas matizado con breves intervenciones de terceros — el médico, la dueña del hotel — y los propios recuerdos de Calvero: su gloria pasada, sus viejos números de cómico favorito. La intercalación de esos números de indiscutible calidad chaplinesca — la simbolización del estado eufórico que proporciona la primavera, comiéndose una flor a la que primeramente sazona con un salero que saca del bolsillo; el domador de pulgas, número que exige todo de su gesto y de las expresiones de su rostro —, son una patente contradicción con el repetido diálogo en que se desenvuelve la trama. Desde el momento en que la bailarina recupera la agilidad de sus piernas, gracias a la optimista y bella literatura que ha escuchado de labios de su anfitrión, la película se hace parca, las escenas se resuelven en expresiones en que sobran las palabras, que, ahora sí, no hacen más que subrayar. Un ejemplo magnífico es la escena en que la bailarina es nombrada primera estrella por el empresario. El gesto, la sola presencia de los intérpretes lo expresa todo; sus rostros, mostrados correlativamente demuestran la inutilidad del diálogo, al propio tiempo que sintetizan todo el argumento de la película. El triunfo, el reencuentro con el compositor, la llamita de amor que se reaviva en los ojos, la doble derrota de Calvero que, con una sola mirada, contempla las dos cosas que lo separan irremediablemente de la bailarina: su triunfo y su primer amor. Escena semejante a alguna otra de «Luces de la ciudad», en que la banda de sonido no añade otra cosa que lo que aporta la música a una obra de Molière. Desde este momento reencontramos a Chaplín, a Charlot, hasta el mismo fin de la película. Con su eterna hostigación de la humana sensibilidad, con el sollozo reprimido por la carcajada y la carcajada reprimida por el sollozo. Como siempre. Desde su deambular callejero, la limosna del compositor — otra escena más a la que se puede dejar sin palabra —, su rostro patético ante el espejo de un camarín lleno de recuerdos, su parodia de una comicidad a toda prueba, su muerte.

Se ha dicho siempre que Chaplín es el creador que



ha sabido llegar a la sensibilidad del espectador a través del contraste. Cinematográficamente «Candilejas» encierra un contraste más, con el que Chaplín desea resaltar su eterno concepto del cine. Cuando se acepta la palabra como medio lícito cinematográfico, lo mejor que puede hacerse es decir algo. La literatura de Chaplín en «Candilejas» es francamente buena. Lo es por elemental y por sencilla, y, más que por otra cosa, por lo sincera que se manifiesta en su noble rostro. Pero todo puede explicarse también sin palabras. Puede decirse que la vida vale más que la muerte, que el hombre tiene grandeza por lo que tiene de individuo, que la ternura y la comprensión son factores imprescindibles de la convivencia, que los defectos del hombre pueden ser compensados por un rasgo de humanidad en un momento dado. Y todo

puede ser dicho por el gesto y por la imagen, sin necesidad de escribir un tratado de filosofía que la mayoría no entenderíamos, sin recurrir a la palabra que nunca llega tan honda como el gesto.

Al terminar «Candilejas», cuando todavía no se ha hecho la luz en la sala, nosotros hemos querido imaginar el rostro de Chaplín sobre la pantalla, ese rostro sin maquillaje con el que nos expresa en la película su decepcionado despertar después de un bello sueño. Ese rostro que no precisa mover los labios para que entendamos: ¿Qué otra cosa hice yo durante mi vida?

Montevideo, junio 1953.

J. CARMONA BLANCO

# GIUSEPPE FANELLI



ECIAMOS hace algún tiempo, hablando sobre Carlos Pisacane, que en Italia carecemos de estudios amplios y bien documentados sobre los orígenes del socialismo y particularmente sobre sus propagandistas, y para mejor precisar dábamos algunos nombres, entre muchos el de Fanelli.

Propio en estos últimos tiempos la familiaridad de lo histórico, sobre todo de las cosas del Mediodía de Italia,

Antonio Lucarelli, viejo y simpático socialista que había siempre odiado el sectarismo pero amado profundamente el socialismo, al que había dedicado su capacidad y tiempo a fin de estudiar sus orígenes, deteniéndose sobre la personalidad de algunos de sus mejores exponentes, hijos casi todos ellos de la región meridional de Italia, publica la última obra a la que este estudioso ha dedicado sus últimos años.

Antonio Lucarelli murió el año pasado cuando apenas había terminado la redacción del presente estudio dedicado a Fanelli: «Giuseppe Fanelli en la historia del Resurgimiento y del socialismo italiano» Documentos y Noticias. Trani, Edit. Vecchi y Co. 172 páginas.

Desde muchos años estábamos en estrecha correspondencia e intercambiábamos recíprocamente los resultados de nuestros estudios y de nuestras investigaciones que él, sobre todo, había podido hacer durante largos años en los mayores y más importantes archivos del Sur de Italia. Sabía que trabajaba alrededor de una biografía de Fanelli. Me había hablado de ello extensamente y me había pedido y le había facilitado mucho material, al menos todo el que afecta a la actividad de Fanelli en España, y le

sirvió para completar este su estudio que verdaderamente viene a colmar una profunda laguna.

Del Fanelli joven, conspirador y combatiente en la lucha por el Resurgimiento italiano, y particularmente en lo que hace referencia a toda su obra conspirativa y planes de revuelta del pueblo meridional italiano contra el dominio borbónico, podíanse encontrar datos en diversas publicaciones. Sobre su participación en la conspiración y en la preparación de la expedición de Pisacane se ha hablado extensamente y particularmente Nello Roselli en su libro «Carlo Pisacane». También han hablado muchos sobre la segunda parte de su vida, cuando empezó a tomar parte en la lucha social y socialista, en todo aquel fermento de ideas, de actividades, resultado del surgir y de la expansión de la Primera Internacional, a la cual participó gran parte de la mejor juventud, que había tomado parte primero en la lucha por la independencia y la unidad de Italia, con el mismo arrojo. De estas nuevas ideas sociales, que iban conquistando a la juventud, Fanelli se convierte en uno de los espontáneos, particularmente de la parte más extrema, de la fracción bakuninista. Ciertamente que en él fermentaban e iban precisándose y tomando cuerpo a través de la lucha cotidiana aquellas mismas ideas que Pisacane legó después en sus escritos.

El entusiasmo con que se dedicó a esta nueva lucha de carácter social le llevaron a ser uno de los más importantes e influentes representantes, tanto que recibió, entre otros, el encargo de ir a España para crear allí la primera sección de la Internacional y difundir la idea del socialismo antiautoritario. Sobre este particular período de su actividad con respecto a la fundación de las secciones de la Internacional



y sobre todo de la Alianza bakuninista en España («Alianza de la Democracia Socialista» es el nombre de la Asociación fundada por Bakunin en Ginebra después de la rotura producida en el Congreso de la Liga de la Paz y de la Libertad, que tuvo lugar en Berna del 21 al 25 de septiembre de 1868 con los elementos burgueses, demócratas, con mazzinianos y marxistas), con largueza y abundancia de documentación se había ya hablado en las obras de Nettlau y precisamente en «Miguel Bakunin y la Internacional en España» y en aquel otro libro, obra ésta desgraciadamente inhallable titulada «Documentos inéditos sobre la Internacional y la Alianza en España». y se encuentran también páginas maestras, tanto por la documentación como por la capacidad de presentar los tipos característicos que animaron aquel primer movimiento en aquella otra magistral obra de Anselmo Lorenzo, «El Proletariado Militante», que podremos definir como equivalente de la obra sobre «La Internacional» de Guillaume, obras éstas a las cuales Locarelli no podía ampliamente llegar como ha hecho.

Pero carecíamos de una obra completa que metiese bien al fuego la figura y la acción de este pionero del socialismo libertario. No había todavía una obra que recogiendo toda esta documentación diseminada, hecha la rebusca para establecer los datos seguros sobre la personalidad de Fanelli, pusiese todo esto a disposición de los estudiosos en una obra orgánica junto con todo cuanto se hubiese podido encontrar en los Archivos de Italia donde aun se esconden verdaderos tesoros que podrían arrojar más grande luz sobre la historia del movimiento obrero.

Y esto es lo que Lucarelli, con paciencia y cuidado meticulosos ha hecho, dándonos una obra de conjunto que abarca toda la vida de este hombre que ha sido el centro de muchas labores conspirativas, tanto en el primero como en el segundo período que caracterizan su agitada vida. Vida que siempre, tanto por su sobresaliente espíritu de iniciativa como por sus cualidades personales ha tenido una importancia muy particular en la lucha por el Resurgimiento de Italia como para el desarrollo de las primeras luchas del socialismo.

Sobre la primera parte de la vida de Fanelli no nos detendremos, ya que profusamente lo harán otros. Lo que interesa hacer resaltar es la figura de Fanelli en el segundo período de su vida, cuando se da a la lucha por el socialismo libertario.

E indudablemente extraña un poco la figura de este combatiente y difusor de las ideas del primitivo anarquismo a muchos de los que le observan con ojos y mente habituados sólo a observar las cosas de hoy en el ambiente actual, donde, con el uso de las mismas palabras que hace un siglo significaban grandes cosas, ahora no dicen ni significan más o menos que aquello que entonces querían expresar. Y entre estas palabras está el «socialismo».

Digo extraña impresión porque habida cuenta de la importancia que tuvo la personalidad de Fanelli, que fué una entre las más esclarecidas personalidades que bajo muchos aspectos y razones han dejado huella profunda en el campo de la lucha por una Italia mejor y por la afirmación de las ideas anarquistas, sobre su pensamiento particular, sobre

la evolución y formación de aquel socialista libertario, poquísimos se ha dicho.

Es verdad que Fanelli fué esencialmente hombre de acción más que de pensamiento, y en cuanto a escritos suyos en donde se fuese precisando tenemos bien pocos siempre que se haga excepción de algunos llamamientos y manifiestos. Y como la de todos los hombres de acción, su vida es rica; rica también en contradicciones que casi todas vierten en la imposibilidad en él de permanecer indiferente a la lucha contra una veiación o por el enderezamiento de una injusticia.

Así en 1866, iniciada la guerra austro-prusiana, Fanelli, con otros íntimos de Bakunin, y a pesar de la amenaza de exclusión de la Fraternidad Bakuniniana, endosa la camisa roja una vez más y corre a combatir en Trentino. Después regresa al campo de las luchas sociales.

No obstante, estas contradicciones, son propias de la mentalidad romántica del tiempo, de su modo de pensar y de acción. Durante la preparación de la famosa expedición de Sapri con Pisacane, a pesar de no estar de acuerdo sobre la oportunidad de precipitar los acontecimientos, hace lo poco que puede hacer. Más tarde, ante el entumecimiento del primer movimiento socialista italiano, particularmente después del Congreso de Saint Imier, al empezar en Italia a tener vida más precisa el movimiento anarquista, Fanelli será obligado a asumir posición sobre su condición de diputado del Parlamento italiano.

Fanelli ha sido muchas veces diputado y continuaba siéndolo aun cuando se acercó a Bakunin y andaba de jira creando secciones de la Internacional y de la Alianza bakuninista. Como excusa de su actitud decía que esto le garantizaba la posibilidad de moverse, de viajar sin gastar y sobre todo sin hacer gastar al joven movimiento que era terriblemente pobre.

Pero si esta situación fué al principio aceptada por Bakunin por las razones más arriba expuestas, después del congreso de Saint Imier, las situaciones y condiciones fueron cambiando cuando todo un movimiento iba surgiendo sobre bases más claramente definidas, y también a Fanelli se le presentó el indispensable problema de tomar posición precisa.

Emplazado a que abandonara el Parlamento y el puesto de Consejero comunal de Nápoles, en lugar de hacer esto, fué alejándose de la militancia activa del nuevo movimiento y permanece en el Parlamento hasta 1874, cuando por la política reaccionaria del entonces ministro Cantelli no puede presentarse en ningún colegio. Pero permanece Consejero municipal de Nápoles hasta los últimos días de su vida, bien que en el Boletín de la Federación Jurasiana, citado también por Lucarelli, se afirmase: «En estos últimos años Fanelli se había mantenido al margen del movimiento activo pero sin que por esto renunciara a sus principios».

Murió en Capodichino, en la clínica del «signor» Fluerent, en la tarde del 5 de enero de 1877, a poco más de los cuarenta y nueve años, pues había nacido en Nápoles el 13 de octubre de 1827.

Indudablemente la obra de Antonio Lucarelli, importante por la rebusca del material, no cierra sino que más bien incita a profundizar el estudio en torno



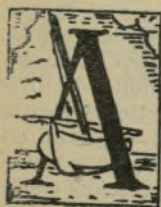
a Fanelli y a sus contactos y contribuciones con y al movimiento internacionalista y anárquico. Y bien que, como dijimos, escribió poco, sería cosa particularmente interesante poder profundizar en sus aportes a las ideas socialistas, cosa relativamente fácil

si se consiguiese descubrir su correspondencia. Pero por ahora, a excepción de lo poco que ha podido encontrar y publicar Nettlau, esta correspondencia es muy escasa.

Ugo FEDELI

## Pequeñas semblanzas

# PEDRO ENRIQUEZ UREÑA



LFONSO Reyes, ese griego ilustre escapado de los jardines de Academo y trasplantado a este México de hoy, ha escrito en una bellísima semblanza del maestro dominicano: «Pedro, el apostólico Pedro, representa en nuestra época, con títulos indiscutibles, aquellas misiones de redención por la cultura y la armonía entre los espíritus que en Europa se cobijan bajo el nombre de Erasmo, y en América bajo el de ese gran civilizador, peregrino del justo saber y el justo pensar, que fué Andrés Bello.»

Así es: el pensamiento de Henríquez Ureña raya a las alturas que tuvo en Bello, Cuervo y Rodó; se distingue por los entusiasmos pedagógico que animaron a Varona y Justo Sierra, y arde en los mismos apasionamientos por lo hispánico y por lo indígena de Hostos y de Martí, Hijo del trópico, de la hermosa isla que tanto amara Colón, lacrificica lo sonoro y lo brillante de eso que ha dado en llamarse *tropicalismo* hasta lograr la expresión precisa que obsesionaba a Montalvo. Diríase dominado por la misma pasión de la pureza del lenguaje que acuciaba al prócer ecuatoriano. De ahí su estilo concreto, exacto, puro. La idea busca siempre la palabra precisa que la exprese, el molde que la vacíe. En Henríquez Ureña este molde es siempre de la medida de la idea que quiere expresar. Esta justeza en decir lo que se piensa, sin holguras excesivas ni excesivas coerciones que afeen y contrahagan el pensamiento, es una rara virtud. Sólo la poseen los que piensan con claridad y disponen de todos los recursos del idioma. En Henríquez Ureña se daba esta rara virtud. Era el pensador y el filólogo, colaborando a una en el escritor, en el conferenciante y en el profesor que había en él. Era, además, un gran poeta. Y de esta colaboración del poeta y del filólogo nacieron aquellas síntesis de lingüística y poesía, tan admirablemente logradas, que destacan a este escritor dominicano como figura de primerísima fila en la América española contemporánea.

Poseía una vasta cultura y de la cultura americana tenía una amplia concepción que lo colocaba por encima de todo exclusivismo o xenofobia. Para él no había *culturas*; había *cultura*, una y universal, *ecuménica*. Las llamadas culturas (*cultura griega*, *cultura medieval*, etc.) no son sino ciclos o estadios, a pesar de las características propias de los pueblos y las edades que las califican, de la evolución general del hombre en su marcha ascensional del espíritu. Y a propósito de esto cabe leer sus magníficos ensayos—*España en la Cultura Moderna*—de su libro *Plenitud de España*, edi-

tado en Buenos Aires en 1940. Y leer sus ensayos, recogidos en *Horas de Estudio* (París, 1910). De estos ensayos hay uno que quiero destacar. Es el titulado *Espíritu Platónico*. En él Henríquez Ureña me ha hecho amar más a Shelley, el poeta inglés, ese caso asombroso de evolución perfecta en la cual el filósofo completa al artista, superando incluso al mismo Platón. Yo había aprendido a amar a Shelley en el libro de André Maurois (*Shelley o la vida de Ariel*). Posteriormente mi amigo García Pradas me habló de Shelley en una carta con tales entusiasmos que volví al libro de Maurois y busqué en las librerías algo de la obra del poeta, sin que la fortuna me fuese muy propicia. Pero volvamos al ensayo. Henríquez Ureña dedica una buena parte de él a Shelley y a Oscar Wilde. A Shelley, porque realiza ese paralelismo del poeta y del filósofo, en su *Prometeo* sobre todo. Según Henríquez Ureña, en este poema de Shelley las ideas filosóficas se transforman, como en Platón, como en Lucrecio, como en Dante, como en Goethe, en arte, en poesía dramática y lírica, en poesía pura. Y a Oscar Wilde, porque no realiza esa evolución. A pesar de sus felices hallazgos estéticos hay en su obra un exceso de ironía, de escepticismo. Discípulo de Platón, rebelde en ocasiones y casi siempre falto de convicción, juega irónicamente con las ideas filosóficas. Y solamente cuando el dolor ha mordido su carne viva asciende a la cumbre de la sinceridad para darnos ese *De Profundis*, tan humano en su pureza intelectual y, por lo mismo, tan conmovedor. Yo confieso que es el libro de Oscar Wilde que más me gusta.

No quiero pasar adelante sin aludir a la afición de Henríquez Ureña a la poesía allá, en los días de su adolescencia. Escribió muchos versos, muchos, que no se han publicado, y ha sido una lástima a juzgar por ese magnífico poema, de corte clásico, que tituló *El Nacimiento de Dionisio*. De él persona tan significada como don José Enrique Rodó, el maestro uruguayo, ha dicho: «Es lo más hermoso que ha salido de su pluma... El hondo y personal sentido del mito encarna en una noble belleza, de una estirpe muy superior a la que deslumbra los ojos del vulgo literario». Este poder por dar a luz los primeros tanteos literarios está muy generalizado en los grandes escritores. Y es una lástima, porque con este desdén de sus primeras cosas nos privan de conocer los jalones que marcan su ascensión literaria hacia las cimas de la consagración. Otros, en cambio, recogieron sus primeros ensayos poéticos y literarios. Don Justo Sierra, el polígrafo mexicano, publicó sus *Playeras*, género poético delicioso que cultivó en la adolescencia. Tal vez fuese por pudor, o tal vez porque Henríquez Ureña se sintiese alentado a más altos empeños, lo cierto es que nos



ha privado de su obra poética de adolescente, la cual no haría desmerecer su obra voluminosa de estudio y crítica, de investigación y divulgación literarias y filosóficas. Como no hace desmerecer *Playeras*, la gran obra del historiólogo mexicano.

Sus cualidades de escritor moderno, alcanzan toda su brillantez en la crítica y la glosa literarias. En este sentido se le ha señalado cierta tendencia a orientar sus estudios hacia un ambiente de americanismo. Puede ser, pero sin llegar, como he dicho antes, al exclusivismo. Frente a *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, libro medular de la América española y magnífico intento de hallar una síntesis continental, está *En la Orilla: Mi España*, publicado en México y en cuyas páginas hay un amor exaltado hasta el fervor por España. Hay en este libro un capítulo—*La Antología de la Ciudad*—que me recuerda aquel libro tan hermoso y emocionado de Alfonso Reyes, escrito en su vagabundaje de sibarita de las piedras antañonas por los viejos rincones castellanos y publicado con el título de *Visperas de España*.

Peregrino de la cultura, ejerció su apostolado en donde fué requerido para tales menesteres. Así lo vemos en las Universidades de Minnesota y de México, o en París, Madrid y Buenos Aires. En México estuvo por los días decisivos de la Revolución y, profesor de la Escuela Preparatoria de la Universidad Nacional, alternaba las clases de Literatura Española con las conferencias y las colaboraciones en revistas y periódicos de América y Europa. De sus conferencias cabe citar la que dió sobre el poeta español Gabriel y Galán, en un ciclo de seis conferencias sobre temas diversos en el que intervinieron, además de su hermano Max, Alfonso Cravioto, Antonio Caso, Rubén Valentí, Jesús T. Acevedo, Gómez Robledo, Mac Gregor y don Isidro Fabela. Lo mejor, empero, de aquella época es su conferencia sobre Juan Ruiz de Alarcón, el exquisito dramaturgo de Taxco. El conferenciante, que había tenido la ocasión de estudiar de cerca los factores que entran en la formación de la mexicanidad de Ruiz de Alarcón, recaba para México la gloria de haber dado las bases, con elementos de carácter nacional, a la constitución de la personalidad singular del autor de *La Verdad Sospechosa*. Y no es que crea en la personalidad nacional como origen del genio. Lo que decide en la formación de un genio es la personalidad individual. Reconoce que en México, lo mismo que en toda la América española, el espíritu nacional no es otra cosa que espíritu español modificado, y señala la enorme contribución de carácter, de personalidad que los elementos indígenas dan al conjunto de la vida nacional mexicana en el siglo XIX. Apunta las características locales de las literaturas regionales españolas para destacar la existencia de esas características de tipo local en las literaturas hispano-americanas, de las cuales hace un análisis tan atinado como sugestivo. Estudia luego el paisaje mexicano que se entra en la poesía y en la pintura, y el cual da ese tono de discreción, de mesura, de sobriedad a la obra de Juan Ruiz de Alarcón, tanto más notable si se le compara con la opulencia del teatro de Lope, Calderón y Tirso de Molina. La filiación literaria española del dramaturgo mexicano es debida a la crítica académica y especialmente a Hartzenbusch y Fernández Guerra, quienes dieron por sentado que Alarcón, diputado entonces por uno de los maestros del teatro nacional, había de ser español. ¿Cómo una colonia perdida allende el océano mar había de ser madre de un verdadero ingenio de la corte? ¿Y por qué no? ¿Acaso los Lucano, los Séneca, los Marcial, los Quintiliano eran romanos y no españoles? Señala la necesidad de movimiento, característica de la vida española de los siglos áureos, cuyo mecanismo alcanza a manejar Lope como ninguno, logrando combinaciones que optaron los demás. El mundo de la escuela de Lope es el

mismo mundo de la comedia de Alarcón. Pero ese mundo, que en el teatro de los autores peninsulares se mueve vertiginosamente, en la obra de Alarcón es más mesurado: su marcha es lenta, como calculada y sometida a una lógica más estricta. Lo que en el español es ímpetu y prodigalidad es sobriedad y mesura en el mexicano. Y mexicana es la fina observación, maliciosa y aguda, que en el español salta a boca de jarro, como en Quevedo, y en el mexicano se guarda socarronamente; se recata, para lanzarse en momento oportuno, en fórmula concisa, epigramática, hiriente. Estas y otras características mexicanas que señala en el teatro del autor de *Las paredes oyen*, *La verdad sospechosa*, etc., hacen de Alarcón un caso singular, único, en el teatro nacional español. En síntesis, esta conferencia constituye un valioso alegato en favor de la filiación literaria mexicana, tan discutida aún, de Juan Ruiz de Alarcón. Y a la vez es un estudio lleno de agudas y sugerentes observaciones del teatro español del siglo de oro, que sitúa por debajo del teatro germánico—Shakespeare, Ibsen, Goethe, etc.—pero por encima del teatro francés de los siglos XVII y XVIII.

Más tarde, en Madrid, en donde continuó el ejercicio de su apostolado cultural, evidenciará sus profundos conocimientos del teatro español. Allí publica (1920) una selección de *Lecturas del teatro español, siglos XIX y XX* con destino a la Junta para Ampliación de Estudios. De esa época data *La Versificación irregular de la poesía castellana*, que acusa un sólido conocimiento del verso castellano y de la poesía española. Con anterioridad (1919) había publicado *El endecasílabo castellano*, y con posterioridad (1924) publicó en colaboración con Bertram D. Wolfe *Romances tradicionales en México*, para el homenaje de Menéndez Pidal. No han de olvidarse sus *Observaciones sobre el español en América*, editadas por la Revista de Filología Española en Madrid, en separatas de los años 1921, 1930 y 1931.

Idéntico apostolado cultural ejerce en Buenos Aires. En colaboración con Amado Alonso, refugiado español nacionalizado argentino, publica una *Gramática Castellana*, de orientación moderna y de gran valor pedagógico. Y en la Argentina, además de los ya señalados, publica un gran número de trabajos de los que cabe mencionar: *Sobre el problema del andalucismo dialectal en América*, *La utopía de América*, *Para la historia de los indigenismos*, *El español en México*, *los Estados Unidos y la América Central*, *El libro del idioma*, *Apuntaciones sobre la novela en América*, etcétera. No señalo más que los principales. Y de los omitidos he de destacar *La cultura y las letras coloniales de Santo Domingo*, obra que revela la amplísima cultura de un hombre avezado a todas las disciplinas del pensamiento. Justifica plenamente el nombre de *Atenas del Nuevo Mundo* que se diera a Santo Domingo, pues es la bocana por donde entra la cultura europea al continente americano. Señala la presencia de teólogos, filósofos y escritores de la metrópoli en la isla y expone el proceso cultural del pueblo dominicano a la sombra de la Universidad Primada de las Américas, de sus conventos, de su palacio arzobispal y de su Real Audiencia.

A toda esta labor hay que añadir sus trabajos de índole antológica—*Antología Dominicana*, *Cien de las mejores poesías castellanas*, etc.—en las que hace gala de sus conocimientos de las literaturas hispanoamericanas con los ensayos históricos con que las ilustra; sus trabajos bibliográficos publicados en las revistas *Revue Hispanique*, de París, *The Romanic Review*, de New York, *Humanidades*, de Buenos Aires, *Revista de Filología Española*, de Madrid, etcétera, y, finalmente, sus prólogos a las obras de numerosos escritores españoles y americanos, sus acotaciones en la dirección de valiosas colecciones, como *Las cien obras maestras de la literatura y del pensamiento universal*, de



la editorial Losada de Buenos Aires, y los capítulos adicionales sobre las literaturas dominicana, portorriqueña y centroamericana a la *Historia Universal de la Literatura*, de Santiago Prampolini, versión española, en Buenos Aires (1941).

Nada mejor para cerrar esta breve reseña de la labor cultural de Pedro Henríquez Ureña que estas palabras de Alfonso Reyes, de la misma semblanza citada ya al principio: «... Eurito, exploraba tierras incógnitas; intérprete, iluminaba vastedades. De su taller nada salía como había en-

trado. Dondequiera que puso la mano, su impronta es imborrable... Filólogo, acotó terrenos, plantó banderines, abrió atajos. Allí están para quien pueda superarlos, sus escritos de dialectología o su tesis sobre la versificación irregular. Salvador Novo define así la evolución de Pedro Henríquez Ureña en reciente artículo periodístico: «De la erudición caudalosa de Menéndez y Pelayo, había pasado al conocimiento científico, sistematizado y moderno de la escuela de Menéndez Pidal.»

Mariano Viñuales

## VALOR LITERARIO

### *de William Godwin*

*¡Cuántas flores nacieron para abrirse en la  
soledad y perderse con su grato perfume entre  
las aguas del desierto!*

SHELLEY.

#### ANTECEDENTES



O resulta por lo menos paradójico cuando se consulta la historiografía literaria inglesa redactada por autores franceses, advertir la ausencia de referencias a William Godwin como valor de relieve literario?

Contamos, sin embargo, con una veintena de volúmenes calificados, que atestiguan la importancia de la obra literaria de aquel cuantos nombres: «Saint-Leon, histoire du seizième siècle»; Fleetwood, «Mandeville, histoire anglaise du dix-septième siècle»; Cloudesley, «Isabelle Hastings, fables anciennes et modernes», etc.

«Mientras estaba Shelley en el país de los Lagos, se relacionó con un escritor cuyo nombre había brillado ya con vivo resplandor en el mundo político y literario de Inglaterra: William Godwin, de quien se dijo que era el Rousseau inglés». Así se expresa Félix Rabbe, ya en 1887, en su estudio «Shelley, la vie et ses œuvres». (París. Alb. Sabine, 1887).

¿Cómo explicarnos, pues, el silencio que rodea la figura de William Godwin visto este panegírico, que refleja una verdad escasamente compartida en nuestro tiempo?

Consultando textos históricos sobre literatura inglesa, señaladamente los de H. Taine, me extrañó que el autor olvidaba la obra y el nombre de Godwin, cuyo «Caleb Williams» había sido traducido ya al francés cuando Taine publicó su obra (Hachette, tres volúmenes, 1863). No es posible que Taine desconociera a Godwin. Y resultaba imposible para Taine hablar del poeta Shelley sin referirse al propio tiempo a Godwin, por lo que el silencio es mucho más notorio. Se sabe que la primera mujer del gran poeta era hija de Godwin, el libertario autor de «Justice Politique», una obra que al parecer produjo general estrépito en los medios conservadores de Inglaterra.

Podemos deducir que el pensamiento de Godwin asustó a autores y críticos literarios hasta el punto de silenciar o escamotear éstos el nombre y las obras de quien acaba-

ba de preconizar la desaparición de la injusticia y de la ignorancia mediante justa y equitativa atribución de los bienes de la vida? Puede suponerse así teniendo en cuenta que la obra esencial de Godwin se publicó en 1793, es decir, medio siglo antes de que Proudhon lanzara su fulminante anatema: «¡La propiedad es un robo!»

Contra la conspiración del silencio, extrañamente impuesta y generalizada, me congratula una excepción: la de Monsieur Mezières, quien juzgó el «Caleb Williams» de Godwin con notoria claridad y vigor en su «Historia crítica de la literatura inglesa». Pero las demás plumas ¿cómo comprender que no dedicaran la menor alusión a tan señalado escritor? Es el silencio una manera parcial de ignorar o de querer ignorar, sobre todo en lo que se refiere a la historia literaria. Es una prueba deficitaria de probidad y honestidad, mejor diríamos falta de valentía y de independencia. Sin duda soportan fácilmente Taine y sus cómplices el reproche que justifican con su actitud, reproche que necesariamente tenía que surgir. Pertenecen a la raza de hombres del todo conformes si se les confunde con el primer palafranero que surge. Recordemos que la obra de H. Taine consta de tres volúmenes con más de 600 páginas cada uno, circunstancia que agrava la parcialidad del autor. Bien estaba en lo cierto Godwin cuando escribió esta luminosa razón: «Mientras la humanidad siga dividida en amos y esclavos, las dos clases estarán corrompidas, alejadas de la verdad.»

La Revolución francesa había calificado una etapa, y Raymond Gourc, en su estudio «William Godwin (1753-1836) sa vie, ses œuvres principales» (Paris-Alcan, ed. 1908, tesis doctoral) revela el espíritu revolucionario predominante en Inglaterra después de 1789. Ya antes había sido un sembrador J. J. Rousseau.

«El espíritu revolucionario francés había penetrado en la literatura inglesa por influencia de J. J. Rousseau. Un discípulo directo del filósofo francés, Brow, en sus «Appréciations sur les manières et les principes du temps», atacó los vicios todos de la sociedad. John Wesley, en su «Journal», y Hannah More en sus ideas sobre la importancia de la costumbre en los medios no populares (1788) coincidían en re-



formar los abusos de las prácticas religiosas. Thomas Day en «Sandford and Merton» expuso la doctrina contenida en el «Emile» de Rousseau. Cowper, en fin, el suave poeta puritano, se había identificado con la causa de la Revolución por amor a la humanidad y por antipatía al convencionalismo social. Pero ninguno de estos moralistas o poetas reformadores adoptó con tanta franqueza la nueva doctrina como William Godwin (1756-1836). (P. XII del estudio de P. Gourg citado).

Ahora bien ¿era voluntaria o fortuita la omisión del nombre de Godwin en otros autores? ¿No se habrá querido renovar el olvido para negar con el silencio las obras del pensador, cuyos razonamientos se consideraban sediciosos?

La gazmoñería de ciertos peones de brega no deja de figurar por derecho propio en la circunstancias del caso, identificándose con el espíritu puritano de algunos ingleses que se desazonaron estúpidamente contra los escritos de Godwin.

Tenemos motivos para pensar que el nombre de Godwin, como posteriormente el de Proudhon y otros, fueron algo así como espantajos que decidieron a los enemigos a secuestrar las obras de los primeros teóricos de la anarquía.

Suposición pertinente, puesto que si el olvido de la obra de Godwin puede achacarse a ignorancia, habrá que reconocer lo excepcional y profundo de ésta; habrá que convenir en que los pretendidos maestros que tienen a vanagloria difundir la significación de los valores literarios, no los conocen en realidad o los conocen a medias.

Mi deseo es hoy por hoy no involucrar con estos puntos de vista, análisis de la obra literaria de W. Godwin, la parte que puede atribuirse más bien a otros escritos de filosofía y sociología. Aun cuando sea un tanto incómodo hacer una separación precisa, creo más conveniente que mezclar a todo propósito los distintos caracteres de la obra de Godwin.

Reconozcamos que su aporte literario permanece olvidado en nuestra época. No puede contradecirse esta opinión. Bien es verdad que la primera traducción francesa de «Caleb Williams» remonta a 1797.

No son pocas las cosas que deja desear la tal traducción. Incluso se suprimieron fragmentos del texto. Hasta 1846 no aparece una nueva traducción, reeditada por cierto en 1868. De la edición Bordas (1945) podemos decir que sería mejor ignorarla. Es una adaptación francesa que reproduce únicamente 25 capítulos de los 41 que tiene el conjunto, habiéndose sacrificado el resto por motivos de oportunidad literaria. Puede consultarse mi «Bibliographie des œuvres de W. Godwin traduites en français».

Félix Rable, en su estudio ya citado, recuerda juiciosamente que el libro de W. Godwin «fué en Inglaterra lo que «Le contrat social» de Rousseau en Francia. La juventud, toda ella, se acercó al nuevo apóstol que acababa de fundar la filosofía política moderna. Wordsworth, Southey y Coleridge se inspiraron en Godwin y le tuvieron por maestro. El entusiasmo de éste será heredado por Shelley, quien dirá que no pensó ni sintió verdaderamente hasta que leyó «La justicia política».

Se dijo que W. Godwin mereció supervivencia gracias a su «Caleb Williams». Pensamiento original, aunque poco compartido por la negligencia de los editores, que no se han apresurado a darnos la versión francesa de la obra. «Caleb Williams» (no temamos afirmar lo evidente) es el libro que más ventajosamente hizo conocer a Godwin y a la vez el que le situó en la elevada dignidad que ocupa entre los novelistas ingleses.

Tenía el autor 37 años cuando escribió su obra maestra, la cual puede considerarse actual, sin que nadie tenga que suponerse autorizado para minimizar la trascendencia del libro «Investigaciones sobre la justicia política y su influencia sobre la virtud y el bienestar general». Es el título completo.

Repetidamente se comparó la obra con «Le contrat so-

cial» de Rousseau. Tal vez no carezca de base la comparación, pues Godwin interpretó la sociedad como conjunto ideal, sin opresión ni injusticia en virtud de una equitativa y justa atribución de los bienes de la vida. La sociedad que presenta aparece libre de convencionalismos, derechos y privilegios, no cediendo nadie más que al imperativo de la razón y de la naturaleza.

Caso extraordinario cuando apareció el libro: la juventud quedó entusiasmada al apreciarlo. Poco tiempo después se publicó «Caleb Williams». El escritor, el filósofo, el pensador iba a brillar más intensamente...

Recordamos que un ferviente admirador de Godwin como Wordsworth, escribió a un amigo estudiante de Leyes aconsejándole que abandonara códigos y digestos y se desentendiera de terminología desmesurada que no es más que nomenclatura química. Así terminaba Wordsworth su epístola: «Lee a Godwin, estudia a Godwin... sólo él es inmortal.»

#### «CALEB WILLIAMS»

Se publicó esta obra del gran Godwin en Londres en 1794. El crédito del libro tuvo expansión extraordinaria desde entonces. No esperaba tal cosa el autor. Lo hecho por él, en realidad, consistía en una especie de reproducción novelada con trasposición de las ideas esenciales.

Probablemente contribuyó al éxito la asombrosa metamorfosis operada por Godwin en su «Caleb Williams» que reproducía en forma novelada y estilo literario lo fundamental de su doctrina condensada en su libro anterior, de traza didáctica y doctrinal.

Ya en distintas ocasiones había manifestado Godwin, cuyas ilusiones literarias eran extraordinariamente expansivas, el deseo de patrocinar una obra definitiva a base de materia imaginada con tendencia a la aventura, combinando ésta y las propias ideas para interesar al lector con cierta amabilidad activa, alejada de la monótona exposición pura y simple de doctrina. Quería favorecer la difusión de su pensamiento y hacerlo accesible al mayor número de personas, cosa que consiguió plenamente y acertó a justificar con estas palabras: «Sólo escribo cuando me siento inspirado. Quiero que mi relato haga época en el espíritu del lector. ¿Qué no haría yo por ser conocido eternamente y apoderarme del siglo que viene?»

Si la voluntad de supervivencia no fué lograda del todo por Godwin, su «Caleb Williams» le ayudó a ganar renombre y a merecerlo a pesar de lo que se tramó contra él. Y todavía podemos añadir que gracias a estimables eruditos y estudiosos investigadores que exhumaron de tiempo en tiempo los escritos de Godwin, obtiene y logra reparación de la desgracia que se cebó en él.

En su estudio de Henri Roussin sobre Godwin, escrito en 1913, afirma el autor que «según la crítica inglesa moderna, «Caleb Williams» es una de las dos o tres mejores novelas del país.»

Después de padecer dos guerras planetarias, podemos decir que éstas han mixtificado los valores humanos, tratando de invalidar o inutilizar a los idealistas. Sin embargo, nos cabe señalar la curiosa iniciativa británica de encomendar en 1945 a Robert Harry la redacción de un cuaderno monográfico, que se publicó con este título: «Révoltes et réformateurs anglais». El editor no dudó en reproducir un bello retrato al óleo de W. Godwin debido al pintor James Northcote. El retrato se halla en la National Portraits Gallery (Londres). En la monografía se invoca tanto el nombre como la obra de Godwin con elogio en el capítulo «La révolution industrielle et les réformes politiques.»

Caso curioso es también el que deducimos de un hecho memorable. Al año de publicarse la obra sobre justicia política que levantó por cierto una tempestad de protestas, se produjo el fenómeno de atenuarse éstas de pronto, aceptándose la obra «Caleb Williams» con curiosidad y simpa-



tía, en algunas zonas intelectuales con entusiasmo.

Nadie ignoraba que el último libro era una reproducción novelada del anterior, y no tardó éste en ser olvidado. La forma literaria recién gustada no parecía tan peligrosa a los temperamentos pusilánimes, que penetraban con menos temor en la novela que en el texto doctrinal. La crítica tiene virajes extraños, aceptando una idea según el decorado y el desarrollo del tema. «Caleb Williams» exponía un conjunto aceptable en forma romancesca y animada, inmediatamente después de haber sido mucho menos aceptadas las mismas ideas de base en una obra doctrinal y didáctica sin escapatorias ni licencias poéticas.

Con inteligente iniciativa, coordinando la vivacidad del espíritu y la imaginación desbordante, relata Godwin en su «Caleb Williams» las aventuras de un joven salido del pueblo. Circunstancias fortuitas revelan al joven el secreto de un asesinato en relación con su amo y señor.

Las distintas situaciones juegan su papel, incrementadas con recursos de inteligencia y curiosidad, dando ocasión al autor al pintar los caracteres del joven y de lord Falkland, de señalar la opresión de los pobres por los ricos, a menudo poco decentes—lo que no varía hoy—. Denuncia Godwin el escandaloso abuso de impedir que los desheredados se hagan oír y respetar en un conjunto social donde todo se manifiesta contra ellos. Espeso repertorio de leyes orienta una magistratura defensora de opresores y explotadores.

El autor identifica y confunde en la misma reprobación a gobernantes, leyes penales, elecciones y los aspectos todos de la infernal organización puesta al servicio de los grandes de este mundo.

Ha podido escribir Roussin en su ensayo que «hoy carecen de interés tales declaraciones». Estoy lejos de compartir la opinión de Roussin. Más bien creo que en cuarenta años transcurridos desde que la emitió, las cosas no han cambiado como supone aquél ingenuamente.

A pesar de la exaltación que siguió a la novedad de un libro como «Caleb Williams», que popularizaba las teorías sociales emitidas en «Justicia política», no escapó a ciertos espíritus avisados lo que el autor se proponía. No escapó la significación de obra a ciertas gentes que los grandes y los especuladores entretienen para que hagan labor reverencial y sirvan el interés del monopolio.

Estos siervos voluntarios, tan celosos de su propia servidumbre, no se equivocaron acerca de las intenciones de Godwin. Apenas transcurridos los primeros escauceos, no perdonaron medio para arremeter contra «Caleb Williams» con la misma saña que antes contra «Justicia política».

La maniobra equivalía, en resolución, a confundir el alcance de las ideas en marcha. No se puede paralizar su proyección en el espacio y en el tiempo. Lo que se quiere encerrar y reprimir, se liberta a la primera ocasión, quebrándose los estorbos que interceptan el curso del pensamiento libre. Tarde o temprano renace la idea para surgir más bella y vivaz con riesgo de vencer contundentemente a los que trataban de paralizarla con fines inconfesables.

Algo parecido ocurrió con William Godwin, cuya «Justicia política» queda—ya lo reconoció Max Nettlau—como primer texto teórico anarquista puro». Después de Godwin, Proudhon, Bakunin, Kropotkin, Reclus, Malatesta y tantos otros, desarrollaron los mismos conceptos con tanto fervor y tanta lucidez como Godwin.

#### «SAINT-LEON»

Cinco años después de aparecer «Caleb Williams», publicó Godwin una segunda novela con este título: «Saint-Léon».

El tema de la novela se resume así: Saint-Léon, aristócrata francés, disfruta, con su mujer, Margarita, modelo de todas las virtudes, una felicidad conyugal perfecta. He aquí dos personajes novelescos, dos entidades prefabricadas. Parece imposible que con su espíritu racional, se dejara atrapar Godwin por embelecos literarios. Tal vez tratara de neutralizar el carácter, tan señaladamente racional, de su obra anterior, «Caleb Williams», lo que está confirmado, efectivamente. Le dolía el choque con la opinión de un mundo que no dejaba de atacarle.

Premeditación o cálculo, poco nos importa. ¿Vamos a criticarle porque se defiende; vamos a pedirle explicaciones cuando tiene a bien contrarrestar la chilladiza de la gente que bloquea su obra y trata de reducir a desesperación al autor? ¿Vamos a aceptar el punto de mira y el sentido beatífico de sus enemigos, que viven alardeando tanto de puritanismo como de sentimientos inhumanos?

El héroe de la novela se deja dominar por la pasión del juego y no tarda en quedar completamente arruinado, cuando he aquí que se le acerca cierto extranjero para hacerle una confidencia. Consiste ésta nada menos que en conseguir la inmortalidad valiéndose de un exilir vital y en servir de la conversión de metales en oro.

Espera Saint-Léon ganar dinero ilimitadamente para ayudarse a subir la cuesta de su infortunio, pues se encuentra en situación difícil. ¡Vana ilusión! Lo que encuentra son humillaciones que le hunden todavía más en el abismo.

Que ciertos críticos no hayan visto en Saint-Léon más que una sátira de la riqueza y de las desdichas que acumulará la inmortalidad terrenal, se comprende perfectamente. Sin embargo, hay algo más en la obra. Se advierte en ella una profundidad dramática que confirma la evolución, visible y precisa en «The Enquirer», antecedente o puente entre «Caleb Williams» y «Saint-Léon».

Los ensayos de Godwin son muy significativos. Revelan el convencimiento del escritor en favor de una aceptación menos intransigente de la vida. Una vez cancelada la impetuosidad, lo que Godwin preconiza en primer lugar es la educación, la elevación del espíritu moral, que exalta hasta condensarlo en la virtud.

Hem DAY

(Continuará).

## NUESTRA SECCION LITERARIA

### “La Vida y los Libros”

Se insertarán en esta sección mensual literaria críticas sobre aquellas obras que vayan apareciendo, escritas en los idiomas corrientes o traducidas, de las cuales hagan llegar los autores o editores, dos ejemplares gratuitos a la Redacción de CENIT, 4, rue Belfort, Toulouse (H.-G.)



# La zuta sin fin

Novela fantástica y real

## CAPITULO IV

### SIERRA ADENTRO

Personas: FLORENCIA, AURELIO, LEONARDO, AMADEO, LUCAS, BENJAMIN, ALEJO, CONRADO, INOCENTE, Compañeros.

Profunda cueva natural en el corazón del monte. La habitan hombres que defendieron un ideal como leones. Luz de luna, tan indecisa y fría, que precisa valerse de un candil. Entra por el boquete al descubierto, muy ancho y tiñe débilmente de azul esta parte de la guarida. Camino escarpado, en pendiente, con picachos por escalones. Madrugada.

Aurelio, envuelto en el capote, interrumpe la lectura del periódico y álzase con el «naranjero» para atender al exterior. Otros duermen en yacijas tendidas en el suelo, cubriéndose con mantas, capotes militares, chaquetones de cuero, y son testimonio evidente de un pueblo en derrota.

LUCAS.—(Sobresaltado). ¿Qué pasa?

AURELIO.—Nada. tiéndete y duerme.

LUCAS.—¿Dormir! ¡No quieres tú poco!

AURELIO.—Peor para ti.

LUCAS.—¿Verdad que hace frío?

AURELIO.—Menos que en el frente.

LUCAS.—Tengo inquietud, Aurelio. La batida a los corrales es peligrosa.

AURELIO.—Disyuntiva: dieta o corrales.

LUCAS.—Esos tardan. ¡Ya verás el mejor día!

AURELIO.—No será el mejor si acaece lo que temes.

LUCAS.—Como den con la cueva...

AURELIO.—Lo que vivimos, de propina es.

LUCAS.—¡Calla!

AURELIO.—¡Nada, hombre, nada. Los dedos se te antojan huéspedes.

LUCAS.—Esbirros.

AURELIO.—Mañana que bajen más compañeros.

LUCAS.—Hace más la astucia: la inteligencia nunca fracasa.

AURELIO.—¿Y el brío sí?

LUCAS.—Ya lo has visto.

AURELIO.—¡Claro, con naciones extranjeras!...

LUCAS.—Si nos vencieron, ¿qué más nos da?

AURELIO.—Poco a poco: nos aplastaron que no es lo mismo.

LEONARDO.—(Espantándose el sueño). Los pueblos se llamaron Andana.

LUCAS.—A caballo se suben bien las cuestas. Hay peores intereses que los del burgués: existen los intereses del aspirante a burgués, que sube las cuestas a caballo.

AURELIO.—Yo hablo del pueblo heroico que dió el pecho.

LEONARDO.—Yo, de los pueblos sordos que no secundaron nuestra lucha. Está visto: no se trata de un problema común, de un problema de igual tipo e idéntico volumen. Se ha demostrado que la gravedad del cuerpo social no es pareja, que cada cual por separado tiende a salvarse. En definitiva: lo humano.

LUCAS.—Para todos fuimos y nadie para nosotros, más quijotes que Don Quijote.

LEONARDO.—Nos remontamos a las nubes con alas de cera, y como Icaro...

AURELIO.—¿No éramos águilas? Señalabais la falta de solidaridad: los trabajadores nos prestaron la que pudieron. Prometeo sigue encadenado en la roca y el buitre desgarrándole las entrañas.

LUCAS.—Según tú, el pueblo es Prometeo.

LEONARDO.—En términos generales, Sancho Panza.

AURELIO.—Observadlo: a los hombres no se les enfrenta dos veces en nombre de una misma causa. Primero se guerreó por oficio, luego por la realidad, más tarde por la democracia, después por el socialismo y últimamente...

LEONARDO.—Por equivocación. ¿No sigue el concepto de patria en candelero? Aprobad los errores de la Humanidad si queréis que el mundo sea una balsa de aceite.

LUCAS.—Lo conveniente es que la Humanidad rectifique sus yerros.

LEONARDO.—Entonces... ¡bien haya la industria de guerra!

AMADEO.—(Levantándose). Agua pasada no mueve molino. ¿Qué hora es?

AURELIO.—Cerca de las cuatro.

LUCAS.—Tardan... ¿Les pasaría algo?

AMADEO.—Os pusisteis a discutir y no me llamasteis.

AURELIO.—Tan tarde no es.

AMADEO.—¡Buena estará la guardia!

LUCAS.—Los corrales nos darán el disgusto.

AMADEO.—Veréis, el médico nos pone a dieta. Hasta luego.

Toma el naranjero y sale.

LEONARDO.—Te lo resumiré yo: capuchinadas oficiales, actos religiosos... Monsergas.



LUCAS.—¿Y de la niña qué?  
 AURELIO.—Eres ingenuo, médico.  
 LUCAS.—No tanto, Aurelio, ya sé que 'el verdugo trabaja.  
 LEONARDO.—A destajo.  
 AURELIO.—Algo trae de los hispalenses en el extranjero.  
 LUCAS.—Su suerte le valió. ¡Quién se viera en su pellejo!  
 AURELIO.—Habértelo propuesto. Tú fuiste un cohonestador de la resistencia.  
 LUCAS.—Furibundo.  
 AURELIO.—¿Entonces?... Los llaman para hacerse con ellos.  
 LEONARDO.—(Cantando). «Te llamo y no vienes, el cielo te vuelva buena la mala sangre que tienes.»  
 DIMAS.—Los últimos serán los primeros.  
 LEONARDO.—El reino de Dios es del que antes llega.  
 DIMAS.—Pasos...

Dimas y Leonardo álzanse de las yacijas, echan mano a las pistolas y salen con Aurelio.

INOCENTE.—(Soñando). ¡A mi hijo, no!... ¡Pagadla conmigo, canallas...! ¡Hijo mío!  
 ALEJO.—¡Tú!...  
 CONRADO.—Esto es más que soñar a voces.  
 INOCENTE.—¡Dejadle... dejadle!  
 ALEJO.—¡Inocente!...  
 INOCENTE.—(Incorporándose). ¿Qué hay?  
 ALEJO.—Tú dirás. Anda, pide lo que quieras.  
 INOCENTE.—Una de chinchón.  
 ALEJO.—¿A qué hijo reclamabas?  
 CONRADO.—Al hijo pródigo.  
 INOCENTE.—De cualquier forma que duerma, al punto los «pícos».  
 ALEJO.—No, que les han cambiado el «chapeau».  
 INOCENTE.—Eso y cardíaco que soy... ¿Dónde está la gente?  
 CONRADO.—En la verbena.  
 ALEJO.—¿Quién va?  
 AURELIO.—Nosotros.

Detrás de Aurelio entran Lucas, Leonardo, Benjamín y otros cinco, armados y cargados con sacos llenos de vituallas. Alzanse Alejo, Conrado, Inocente y otros tres compañeros.

BENJAMIN.—Gracias a las bombas de mano nos abrimos paso.  
 CONRADO.—Cargasteis de «buten».  
 INOCENTE.—¿Qué «apandasteis»?  
 AURELIO.—Compañero Inocente, compañeros: los víveres traídos cuestan la vida de cuatro hermanos.  
 INOCENTE.—Hoy por tí y mañana por mí. O lo que es igual el muerto al hoyo y el vivo al bollo.  
 DIMAS.—Haz el favor.  
 ALEJO.—¡Canallas!  
 BENJAMIN.—Hecho el asunto, se nos vienen encima y nos atacan. Disparamos apostados en los cantones. En las afueras del pueblo, un cordón de gente armada procuró detenernos: les faltó coraje. Eran muchos, muchos... A campo traviesa ganamos el camino del monte, y, menos Pedrero, Estella, Ramírez y Ulloqui, aquí estamos.  
 LEONARDO.—¡Diez y siete en un mes!

Silencio preñado de ansias de venganza.

LUCAS.—¡Los corrales nos han dado el disgusto!

LEONARDO.—Lo peor, el rastro.  
 ALEJO.—Las huellas, sí.  
 BENJAMIN.—¡Ay!...  
 AURELIO.—¿Estás herido?  
 LUCAS.—¡Tú, peque!...

Denúdanle la cazadora, rasgándole la camisa hasta la altura del hombro.

Tienes alojada una bala.

BENJAMIN.—Mala posada buscó.  
 DIMAS.—Trae agua.

AURELIO.—Mírale bien, médico.

DIMAS.—¿Por qué no lo dijiste? Siéntate.

El herido lo hace sobre el picacho de una roca.

Limpia primero el barreño.

INOCENTE.—Voy.

DIMAS.—Tú, Alejo, alcánzame el maletín.

Todos, excepto Aurelio y Leonardo, acuden a presenciarse la cura.

LEONARDO.—¡Diez y siete!  
 AURELIO.—¿Qué hacemos? No las tengo todas conmigo...  
 LEONARDO.—Recoger velas.  
 AURELIO.—¿Meternos más en el corazón de la Sierra?  
 LEONARDO.—Meternos más.  
 AURELIO.—(A los compañeros). Id de cueva en cueva comunicando la novedad. Que se guarezcan en otra parte. Sobre todo, que estén prevenidos. (Salen varios). Date prisa, médico.  
 LEONARDO.—La «bronca» tiene que haber sido épica.

AURELIO.—Batirán el monte.  
 LEONARDO.—Estoy harto de sangre, Aurelio.  
 AURELIO.—Yo también, mas como saberlo es aumentar la hartura, ni a mí mismo me lo digo.  
 LEONARDO.—¡A la vista y al paladar, sangre!  
 AURELIO.—Levanta la vista del suelo y endulza el paladar con la esperanza.  
 LEONARDO.—No hemos nacido para devorarnos.  
 AURELIO.—Pero sin devorarnos no llegaremos a tu conclusión.  
 LEONARDO.—Sembremos alma y reguemos la tierra con sangre.  
 AURELIO.—Culpa es de los que emplean la tierra en plantar estómago.  
 LEONARDO.—¡Ideal, Ideal, aunque su luz nos haga esclavos!  
 AURELIO.—Que nos queme los ojos, pero que nos libere.  
 LEONARDO.—Yo no sé leer cantidades fabulosas y la libertad es una cantidad así.  
 AURELIO.—Condición «sine qua non» para existir. ¿Alguna vez te echaron a los pies, a las manos, las esposas? Y bien...  
 LEONARDO.—En líneas generales, nada.  
 AURELIO.—No sé qué clase de hombre eres.  
 LEONARDO.—El hombre en proyecto, lo que todos.

AURELIO.—Pues no dejes de ser animal antes de hora.

Llega Florencia que rompe a llorar viéndose entre los compañeros.

LEONARDO.—¡Pobre Pedrero! Conformidad, muchacha.

FLORENCIA.—¡No!



LEONARDO.—¡Déjasele a la tierra!

FLORENCIA.—¡Lo mío!... ¡Sol de mi vida!

LEONARDO.—El sol, amiga, no tiene poseedores, y tu vida es lo menos tuyo.

AURELIO.—Sí, muchacha, ruje. Tú eres leona y no oveja. León era también tu Pedrero.

Silban. Movimiento de alarma. Tremenda pregunta sin palabras.

AMADEO.—(Desde el exterior). ¡Ellos!

Toman precipitadamente las armas. Oyense disparos lejanos y próximos, que ya no cesan.

BENJAMIN.—(Zafándose del médico). ¡A defendernos como tigres!

AURELIO.—¡A jugárnosla todos!

ALEJO.—¡Ya!

CONRADO.—¡Ya mismo!

Gatean por las rocas y salen.

INOCENTE.—(Viendo a Florencia cargar con la ametralladora y echar tras los anteriores). Yo te ayudaré.

LUCAS.—(Con el maletín y el naranjero). ¡Ah, los corrales!

LEONARDO.—(Inerme, a Florencia). ¡Qué vas a hacer?

FLORENCIA.—¡Matar!... ¡Matar!... ¡Pedrero, allá voy!

LEONARDO.—¡Sangre, más sangre! (Sale también).

## RECONSIDERACION DE FASTOS

En la manigua o mata brava del espíritu, con tan mal alumbrado municipal siempre, se cometen los mismos atracos, que por los rumbos de Santa María la Redonda y la rehonda de México. A la gendarmería de Estados pistoleros, armados hasta los dientes y prestos a toda hora al chantaje, al golpe de mano sorpresivo y al espolio, no se le puede, en verdad, exigir que sea más proba y pulcra que su patrón. Vivimos en plena desleal repartidora del producto de pillajes y de robos. Y la rebatía, que comienza en una negrería colonial, extiende luego —luego sus ocupaciones y sus usurpaciones a los dominios de lo ideal más puro. Quien controla las fuentes de información, tiene la mano sobre los fuelles de nuestra respiración y sobre los veneros de materias primas. Y agarrada la gente por la bolsa, se le tiene bien empuñado el soplo de la vida. El asaltante, que en cualquiera de ambos hemisferios proyecta desplumarnos, se auto-manda nuestro tutor de menores de edad o nuestro protector de países retrasados, y ya estamos perdidos: hasta el último hilo de nuestro resuello le pertenece. Así que no es extraño que la guardia civil, plaga del velador rural, que finge edificar con materiales eternos en Europa, haya amojonado, por cuenta de los amos que la asalarian, los campos de moral experimentación, como están en la Argentina alambrados los que producen vaquillonas y candeal peronudo. Y al liniera ¡que lo divida una atómica! En este fraternal y compadrón «tanto para mí, tanto para tí», la Italia oficial y oficial se ha quedado modestamente con el Renacimiento, la Alemania principicular con la Reforma y la buena Francia de los Marchands con la Revolución. Así nomás y para ellas solas. Como a los Sires anglichos se les abandonó los 7 mares, para ir pirando y pirateando, no protestan. Pero, a los desaharrapados españoles ¿qué rebañaduras nos alonga su besada mano? Ni eso: ni pinches pedaceras. Solamente los huesitos de la Inquisición de Torquemada, la contrarreforma de Felipe II y la contrarrevolución vertical, más que vertical, que hoy nos tiene horizontales en una ambulancia. En la imposibilidad de darle a este reloj toda la cuerda de que es susceptible, alimentémoslo de palpitación para unos minutos siquiera. En el Renacimiento, resmaneció o reamaneció un arte deshumanizado de arenarios y de cirque-

ros, de césares y de flámenes, que se acaba de aguachingar, poniéndose al servicio de pontífices y capitanes de «condotta» muy inconductos; y dándole al pueblo a comer, eso sí en palaciana vajilla, santitos de mortero hidráulico y puzolánico y Purísimas Concepciones más usadas que el sello de la Cancillería de Valladolid. Los españoles no necesitábamos a la sazón renacer, porque nunca hemos estado socialmente muertos, aunque alguna vez, para disimular, nos hagamos los tales. El protestantismo reivindicó, contra la infalibilidad del pétreo Pedro, por otra cifra Cefas, la autoridad del libro más ensangrentado, más lleno de dragadas, de procacidades obscenas y amorreas crueldades (la Biblia), que ha salido jamás de las uñas de los que con ellas escriben. La contrarreforma no la inician el loyolo Nacho y nuestros verborragiosos de Trento, sino la espada de los landgraves luteranos, desenvainada contra los hermanos moravos y otros indóciles, que exigían el reparto entre los pobres, de los feudos que se expropiaban a cabildos y cenobios. La Inquisición fué sambenito o coraza, que a nuestra hereje rebeldía se endosó; y no letra de cambio, que nosotros giráramos a nadie. Finalmente, la Revolución que el *sou* hace contra el trono, el altar y el blasón, no volatiliza inespacial e intemporalmente esa nefasta Primurtri, privándola *per saecula* de temporalidades y de vital espacio. Y, por eso, no se la acogotó en el puerperio, y se dejó que se la comieran culebras, no en la cuna, sino ya medrada. Las 3 citadas regresiones impregnan de virus filtrante la atmósfera del siglo XX, igual que la del 18; con la edición de otras nuevas ya veteranas, pero con más lujo de bestialidad, que sus antecesoras: capitalismo, fascio, etc. Entre las Revoluciones, que apretadamente son migadas, y que poderosamente saben a tuétano, no figuran la carlicida inglesa, la de los colonos de Massachusetts, la del Juego de Pelota, la de los Granaderos a caballo y otros mal Andes, más o menos bolcheviques; sino que sólo se matriculan y doctoran como tales *in utroque*, las de las Comunidades de todo el ámbito peninsular ibérico, y, sobre todo, la de nuestro 36, frente a la que aun hoy tienen emplazadas sus baterías todos los Luíses de la retrogradación o retrocesión de la descosida Gea.—

Angel SAMBLANCAT



# LOS DESHEREDADOS DEL HUMOR



O es absolutamente imposible que el político tenga cierto sentido del humor. El excandidato demócrata a la presidencia de los Estados Unidos, Mr. Adlai Stevenson, no carece de él, mientras el general Eisenhower, que fué su rival, se compara, y no en broma, a Cromwell, que carecía por completo de humor. Si Enrique IV andaba a cuatro gatas por el Louvre llevando a cuestras la propia nidad de rapaces legítimos y bastardos, estaba mejor dotado que Napoleón I, no cabe duda.

Hubo monarcas cuyo humor se vestía de perfidia: Luis XI y Federico II. En otros coronados, como Pedro el Grande, el humor aparece jovial y feroz. Y bien nos es dable creer en el humor del Regente o en el de Luis XVIII, lo suficientemente espirituales ambos para burlarse a veces de sí mismos. Pero no parece razonable atribuir el menor rasgo de humor ni atenuar con vistas al humor, la siniestra rigidez orgullosa y resentida de Calvino, Felipe II, Robespierre, Marat, Loyola o Hitler.

El hombre sin humor es un ser insuficiente, no queda completo.

Llega a darse en espectáculo risible a los demás como a sí mismo, hacer patente lo humanamente singular que hay en el ser humano, convertir las propias pasiones en comedia más que en tragedia para apaciguar el gusto tétrico de las gentes, desarmarse primero que los demás para fraternizar incluso en lo absurdo y al propio tiempo acceder a la plena libertad de ser, son transiciones imposibles para quien está desprovisto de humor.

La intensa guerra fría entre el despotismo de Stalin y la tecnocracia americana, se equipara a cierta impulsión influida por la histeria y el robot. Cuando vemos que la N.K.V.D. declara furibunda guerra a la trompeta de jazz o que el F.B.I. cierra la puerta a Charles Chaplin con miras a la seguridad nacional, adquirimos la certidumbre de que hay algo del todo muerto en el mundo aburrido del poder. Macbeth no hizo más que disipar el sueño en ese mundo, pero la policía mata la risa.

Ninguno de esos protagonistas de eficiencia que en altas esferas patrocinan consignas por el estilo, pudo comprender que Chaplin, el gran emigrante, venía a ser para el Universo la faz más cordial de América. Tampoco pudieron comprender que era probablemente el jazz la sola compensación estética capaz de facilitar al pueblo ruso la asimilación de aquella amarga pñldora del 5.º plan quinquenal, con su industrialización extremista.

## I. — AL SON DE MARCHAS MILITARES, OFENSIVA SOVIÉTICA CONTRA EL JAZZ

Quien haya ido al cine sonoro por curiosidad y conozca la película soviética «Chicos felices», puede recordar el ambiente NEP de esta proyección espectacular, basada en el sólo tema de una canción alegre, que transita poco a poco desde el caramillo campestre al más amplio conjunto de jazz sinfónico *in the world*, conduciendo al autor — según la fórmula americana condensada en «El nacimiento de una estrella» — desde la aldea de opereta al colosal *music-hall* de la capital rusa, pasando por los palacios de Crimea con

su elegante hampa de juerguistas cubiertas de perlas y calaveras juerguistas (?) con etiqueta vestimentaria de cola de bacalao.

Fuera del balido de aquel mundillo y del cacareo gallináceo que burla burlando se desencadenaba a través del artesonado, la lucha de clases estaba allí ausente. Era aquella música falsificación progresiva de una marcha «típicamente rusa» convertida en divertido estruendo cosmopolita, para terminar con una apoteosis género «Folies Bergères».

Es de suponer que una película como «Chicos felices» no tardará en ser retirada del circuito de los Cine-Clubs que inspira M. Georges Sadoul. Mientras no se retira, sabemos que se sostiene en la U.R.S.S. una ofensiva enérgica contra el jazz y que se repiten las consignas de costumbre, afirmando la corrupción del pueblo ruso por el jazz y repitiendo que no hay jazz soviético, que la música de diversión nada tiene de común con el jazz en el país, que inspira horror el jazz, etc.

La dialéctica soviética funciona mediante este mecanismo: Empieza por considerar *real* lo que es *racional* o conforme a la ideología; inmediatamente después, presenta lo que para la dialéctica no se conforma con lo que ésta tiene por *verdadera* realidad, como deformación o diablura sugerida a distancia por el consabido demonio de la perversidad occidental.

Era precisa, en efecto, la presencia del diablo. Teniendo por único dueño y único cliente, único educador y crítico el Estado soviético al partido comunista; educados los rusos por éste y fijos como raíces sociales en un país inmenso «sin clases» donde el «socialismo» está realizado ya y ha roto todo contacto impuro con el mundo burgués, ¿cómo es posible que los numerosos «artistas» de la U.R.S.S. vendan el alma al demonio mefistofélico de la deformación y de la disonancia y se entreguen a la delectación morosa de la subjetividad o a la cacofonía repulsiva de la abstracción? ¿Cómo era posible que se entregaran a tales delirios teniendo como única perspectiva la muerte en el infierno de un campo de concentración?

He ahí una de las interrogantes que el leninismo tiene sin respuesta. Pero no es la única pregunta incontestada. Quedan otras. Por ejemplo: ¿A qué viene, a que responde el hecho de esforzarse continuamente en disgustar al pueblo ruso pidiéndole que se aparte de lo que ya aborrece por instinto natural? ¿Por qué se le exige por interés económico y coacción política, factores todos en mano del marxismo-leninismo, que aborrezca lo que ya aborrece instintivamente? ¿Y por qué el partido comunista, vanguardia del proletariado y conjunto infalible, se va corrompiendo automáticamente en las alturas hasta el punto de tener que ser purgado en cada generación, alcanzando las purgas una proporción tan subida que llega al 90 por 100 de su Comité Central?

Si tal como explica a sus lectores una publicación moscovita «Sovietskoie Iskoustvo» (Moscó, 16 febrero 1912), es el jazz una «tortura» para el oído y el alma de los rusos, los cuales se sienten entusiasmados espontáneamente oyendo marchas militares armoniosas y exaltadoras, fáciles de comprender y gustar con sus ondas sonoras que vierten a chorro heroísmo ardiente en los corazones soviéticos, ¿cómo se explica la necesidad de recurrir a la demostración amena-



zadora, a la refutación separada, individual, que la publicación mentada dedica a muchos de sus ingenuos lectores aficionados al jazz, que atribuyen a esta anti-música un encanto inexplicable?

Un lector de Leningrado llamado L. Svetovidov escribe a la redacción de la revista «Sovietskoié Iskoustvo»: «¿Por qué se condena la música de jazz? Me doy perfecta cuenta de que la tarea del compositor es darnos música asimilable y comprensible que pueda hallar eco en el pueblo, pero esta consideración se relaciona con el contenido de la música más que con la forma. Tanto la música de danza como el canto suenan mejor y con más vivacidad cuando se interpretan por instrumentos de jazz que por una orquesta sinfónica. ¿Es que junto a la música sinfónica no se puede desarrollar la de jazz dando a ésta contenido positivo?»

He aquí lo que la redacción se ve obligada a contestar: «Hay sonoridades que son extrañas a cualquier composición musical y que no tienen acorde con ella. ¿Qué dirías si alguien insistiera porfiadamente para que compraras un abrigo color violeta? ¿Acaso no te opondrías hasta el último aliento a que te vistieran de loro? ¿Por qué te empeñas en vestir y abrumar nuestra honesta música realista con los harapos del jazz ultramarino, totalmente extraño a nuestro espíritu y temperamento, incapaces éstos de adaptarse al contenido y al estilo del jazz? Lo que menos armoniza con nuestra música, con los coros y el tesoro del folklore soviético, es ese gemir del saxofón que os parte las entrañas, el ensordecedor eco del trombón o el escándalo penetrante de una trompeta de jazz y el monótono matraqueo de la batería, todo lo que se impone al sistema nervioso para violarlo, agrediendo el oído con el ritmo mecánico embrutecedor de un fox-trot o de una rumba. Nos oponemos con total empeño a que la música soviética tenga que sufrir la infección del jazz. De la misma manera que la música es compatible con el jazz, la música occidental es inseparable del jazz. Junto a éste y con éste nació la música ligera en Occidente. A la vez morirán también. En nuestro país reina la plena armonía de unidad, de acuerdo absoluto con el objetivo verdadero de la música. Por el contrario, la cultura musical burguesa, en su totalidad la actual de los Estados Unidos y resto de países capitalistas, está completamente impregnada de jazz. Tal es su rasgo característico.»

A mayor abundamiento, y por si tales argumentos *ad hominem* no tuvieran la virtud de convencer al aficionado soviético que parece entusiasmarse con el jazz, los redactores de «Sovietskoié Iskoustvo» recurren a la autoridad decisiva de Máximo Gorki. Este hombre célebre (envenenado, según versión oficial staliniana, por orden del jerarca de la G.P.U., Yagoda, «liquidado» asimismo a su vez en 1937) describe así una interpretación musical de orquesta de jazz: «De pronto, en medio de ese silencio tan avivado para cualquier ruido, irrumpe un cierto martilleo repetido, un pequeño martilleo idiota. Van descendiendo los golpes: uno, dos, tres, diez, veinte... Chocando como un paquete estereocolar en agua limpia, se desprende un fortísimo de gritos de pato, gemidos, resoplidos, mugidos, tartamudeos, traqueos, y entran en juego con voces que nada tienen de humanas, haciendo pensar en el relincho del caballo. Cruñen cobres porcinos, rebuznan unos asnos, la rana croa herida de amor... Y todo este caos de estrépito insano se va sucediendo envuelto en ritmos apenas definibles. Tras un minuto o dos de colisión se ve el oyente obligado a establecer que se trata de una orquesta de chiflados... La radio del hotel vecino divierte a los abdominales, a los gordos de un mundo de bandidos, aportando a éstos a través del éter el fox-trot nuevo, interpretado por una orquesta de negros. Música de orondos gorderas, satisfechos de la vida. Retroceso a la caverna. Evolución de la gracia del minué y de la pasión vivaz de vals, al cinismo marca blues, a los galopes enfermizos del swing. Abandono de Mozart y de Beethoven por el jazz negro, degeneración que divierte a los

negros cuando ven naufragar a los blancos en un mar de barbarie, del que los negros salieron y van alejándose de día en día... Una voz de bajo sin cualidad humana estornuda expeliendo términos ingleses que subraya como detonador una trompeta loca, cuyos gritos hacen pensar en los de un camello melancólico. Inmediatamente después estalla el tambor; el clarinete ensordecedor susurra abominaciones; el saxofón gruñe y estornuda hasta golpear el vientre de los oyentes... En fin, la música de los hartos culmina en estruendoso delirio que hiere el oído, como si un armario lleno de vasija cayera del cielo y se aplastara en el suelo.»

Las precedentes líneas, dedicadas al más importante fenómeno musical del siglo XX, no acrecentarán seguramente la gloria de Máximo Gorki, pero demuestran que el odio soviético al jazz no data de la guerra de Corea y que tiene otros representantes distintos de los dictadores del Kremlin. Lo evidente resulta que la música popular rusa por excelencia, la que figura hace años como salida de una revolución pero había atrás, no es más que género gitano, romanza italiana, melodismo vienés y marcha militar prusiana. El estilo *hot* no penetró nunca en Rusia, en la nueva Rusia. Sólo el jazz sinfónico más almibarado y bastardeado se toleró allí en espera de una repulsa categórica... Héla aquí... «Al crear la música de los satisfechos y orondos, desarrollaron su forma orquestal característica los músicos burgueses americanos. Pero, ¿puede concebirse una música de jazz de contenido positivo? ¿Acaso el jazz no es absolutamente una negación de lo que la música produjo en tiempos pasados, una negación no sólo de la música clásica, sino de la música como tal? La ciencia musical propagó por el mundo un cuento capaz de hacernos dormir en posición vertical: el cuento de que el jazz es música popular y que su interpretación es inseparable y propia de la orquesta negra. Nada de eso. Mentira vergonzosa y páfida calumnia respecto al aficionado «blanco» a quien complace el «exotismo negro».

No hay nada en el jazz actual verdaderamente folklórico ni específicamente negro. Es arte típicamente cosmopolita. Si conserva motivos musicales de folklore originarios de la raza negra, tales motivos perdieron su carácter racial y nacional, siendo incorporados una vez desfigurados por los gansters americanos de la música.

«Esta infame actitud ante el arte popular negro oprimido, tiene que suscitar indignación en los hombres soviéticos, que aprecian y honran el arte popular de todos los países. Los que conocen y respetan el arte grande de un Roberson o de una Marian Anderson como de otros eminentes artistas negros, se manifiestan con antipatía contra el jazz, estilo típicamente americano».

«El jazz no es sólo arte en los Estados Unidos, sino también, como todo lo que se fabrica en Hollywood, mercancía de exportación. Dentro del marco de ayuda a los países del plan Marshall, los Estados Unidos facilitaron películas de pacotilla y muchos millones de discos de jazz. De un tiro cazaron dos pájaros. En primer lugar agotaron el saldo de viejos ruiseñores. En segundo ahogaron y paralizaron con rugidos de escándalo de jazz la conciencia de los hombres, despertando sus instintos bestiales para convertirlos en voluntaria carne de cañón. Es el jazz el himno de la esclavitud espiritual. No hay que tener con él la menor indulgencia. La música soviética y el jazz se excluyen mutuamente.»

Después de este descubrimiento de averiguar que la nostalgia de blues nos lleva a la guerra, mientras las músicas militares se inscriben en favor de la paz, creo que puede trazarse la escala de la musicología soviética.

André PRUNIER

(Concluirá).



# La rebelión en la escuela

III

Summerhill es primeramente una comunidad de niños; como escuela no pretende ofrecer mucho. La mayoría del personal de enseñanza viene y va con mucha frecuencia y no presta gran atención a las lecciones... Neill está poco interesado en cómo se enseñan las asignaturas o si, de hecho, los niños asisten a las lecciones. Es posible que un niño en Summerhill crezca y quede analfabeto por no haber asistido a una sola lección.

Neill alega que esto no importa. Para la comunidad, el principal valor de Summerhill estriba en haber hecho suyo el concepto general de lo que debe ser una escuela y mantenerlo anhiesto. Esta contribución considerable ha estimulado a mucha gente a intentar y romper con la tradición y a empezar a considerar cuál es la verdadera naturaleza del niño y cuáles son sus necesidades. Los trabajos de Neill son leídos ampliamente entre los maestros de escuela de toda clase y su influencia indirecta en la naturaleza del sistema escolar de este país ha sido inmensa aunque incalculable. Sus obras, con todas sus faltas, han ejercido una gran atracción a la benevolencia por parte de maestros y padres, y han dado ánimo a aquellos que trabajan por una revolución en las relaciones entre los niños y la sociedad.

## ESCUELA DE ST. GEORGE-IN-THE-EAST

Esta es una escuela del Estado que se desenvuelve en una línea progresiva, y es desde todo punto diferente a cualquiera otra Escuela Secundaria Moderna del país. El abandonado edificio de la escuela estaba en condiciones chocantes al final de la guerra, y cuando en 1946, A. A. Bloom fué encargado de abrirlo como escuela, se encontró con grandes dificultades físicas con que luchar, pero al hacerse cargo de tan ardua proposición, se encontraba en posición fuerte en lo que concernía a sus relaciones con las autoridades. Empezó por poner en práctica la idea libertaria que él mantenía sobre educación; la mitad de sus colaboradores, vaciados en el molde de los maestros de Estado, declararon que Bloom estaba loco y abandonaron la escuela. El los reemplazó por gente de ideas progresivas que pudo encontrar. Algunos de sus colaboradores actuales son hombres y mujeres jóvenes que han sido influenciados por las ideas progresivas durante su entrenamiento y han escogido especialmente el trabajar en St. George-in-the-East.

Las Escuelas Secundarias Modernas toman los niños que no son lo suficientemente brillantes para ir a una escuela de enseñanza media, y de quienes no se puede esperar grandes realizaciones escolares. Las Escuelas Secundarias Modernas, por tanto, no tienen el espectro de los exámenes públicos que domina el sumario de lo que se enseña; si los maestros lo desean no hay razón para que las lecciones estén atadas a una aburrida rutina, o para que éstas no puedan adaptarse a que sigan los intereses naturales de los niños.

Bloom ha declarado que en el mundo escolar de hoy existe muchísima gente que desearía ver arrojado de la profesión. Esto no tiene nada de extraño. A los directores de las Escuelas del Estado se les ha dado un amplio poder, y en general se puede confiar en que ellos harán uso de ese poder más o menos de la misma forma que un gobernador colonial usa los suyos lealmente contra «los negros». El promedio de los directores de escuela son unos gruñones—terror de niños—que odian la individualidad en el niño y que deben su posición a sus cualidades de administradores y disciplinarios. Bloom es una rara excepción. Una de las razones por las que continúa en la dirección de esta escuela es que sería muy difícil encontrar a

otro para que se hiciese cargo de ella. Imaginaros cerca de trescientos niños en Stepney, uno de los distritos más difíciles de Londres, que ha tenido la oportunidad de construir su propia escuela comunal. ¿Cederían mansamente la transformación de ésta en una escuela ordinaria con su seca rutina, sus odios reprimidos, sus castigos, su moralidad hipócrita? Es lógico que los niños volverían loco a cualquiera que intentara cambiar el régimen. Por ahora parece que las autoridades tienen que continuar dándole vuelta a la madeja y considerar la escuela como «un experimento interesante». Esta, después de todo, es una mera gota de agua en el océano de las eficientes e incoloras Escuelas del Estado, tristes fábricas para ciudadanos mansos y trabajadores dóciles gobernados por aburridos y explotados maestros. Los maestros no se atreven a dar rienda suelta a la represión contra los niños por miedo tanto a la vigilancia de las autoridades como a la incipiente revuelta de los propios niños. La vida de un maestro en la escuela Bloom está exenta de esta carga del miedo, pero téngase en cuenta que la mitad de esta plantilla original estaba aterrorizada por la idea de ir a tratar con niños a quienes no se les aplicaba castigo alguno y se les dejaba ir a la escuela con la camisa ordinaria.

St. George-in-the East contrasta con otras de las escuelas progresivas que he mencionado en varios sentidos. Allí los chicos han experimentado todos la bestialidad de la Escuela Primaria y han adquirido la costumbre del falso respeto hacia la dirección; toda conversación va suavizada con «sí señor» y «sí señorita», e incluso cuando se sueltan en un sentido amigable, aun existe la barrera del complejo alumno-maestro que no tiene lugar en las otras escuelas progresivas. Bloom mismo, de quien las ideas progresivas han brotado, es considerado por los niños con esa clase de miedo con que se mira a los directores de las Escuelas del Estado. No importa cuál pueda ser el deseo o sentimiento de Bloom, la tradición de ogros encajada a los directores de escuela es excesiva para los niños; ellos no pueden tratarle como a un ser humano, para ellos él es la personificación de la autoridad del Estado.

No es necesario señalar que los edificios de las escuelas son de estilo arquitectónico brutal y tienen el aire de prisión de la mayoría de las escuelas del Este de Londres. El lugar para que los niños jueguen es un patio de asfalto sin siquiera un mal árbol en donde gatear o un montón de grava con que jugar. Que estos hechos físicos tienen sus efectos sobre los niños, no cabe duda alguna. Lo mismo que las sórdidas calles que forman la perspectiva de sus casas contribuyen a hacer de ellos lo que son. Los niños en Burgess Hill y en Summerhill, en su mayoría vienen de casas de clase media; en la escuela de Bloom vienen casi todos de la poliglota clase trabajadora de la región del Puerto. Pero aquí existe un punto remarcable de similitud entre ellos; existe una muy pequeña diferencia en la conducta de los niños entre ellos mismos, a pesar de la diferencia de perspectiva en sus casas. Todas las escuelas confieren este sutil beneficio a los niños, el beneficio de esa mezcla de calles de barrios pobres donde se borran las diferencias de castas, diferencias sociales, raciales y económicas, y donde el corriente snobismo de los mayores es olvidado por los chiquillos cuando juegan juntos, tratándose los unos a los otros en su verdadero valor.

Por lo que antecede, se verá que las palabras «escuela progresiva» son muy elásticas; pueden encerrar una cierta cantidad de ineficiencia y embrollado proceder. El hecho es que las virtudes de las escuelas progresivas son amplia-



mente «negativas». No pegan a los niños; el castigo, si existe, es muy pasajero; los niños no temen a los adultos, y a mayorcitos que ellos mismos; no se atiborra la mente de los niños con una cantidad innecesaria de intelectualismos; no se corrompe al joven con el dócil Jesús ni se ultraja al adolescente con el Dios y Patria; no se es severo contra la actividad sexual. Todas estas virtudes son negaciones que se producen, en muchos casos, por el embrollado idealismo, ineficiencia y pereza de la plantilla; pero sea por la razón que sea, los niños escapan, de cualquier forma, el grado corriente de interferencia con la libertad, de que disfrutan por este medio. En el mismo sentido la gente, bajo un despotismo corrupto e indolente, tiende a desarrollar sus propias y positivas instituciones y vive una vida más feliz que aquellos pueblos aquejados por despotismos más vivos y enérgicos.

Algunos puristas se sorprenden por el hecho de que muchos de mediocridad manifiesta en sus habilidades puedan obtener empleos en las escuelas progresivas. Tales puristas manifiestan que si esas escuelas tienden a ser progresivas, sólo deben incluir en sus plantillas a hombres y mujeres del más alto calibre. Este razonamiento no conduce a parte alguna; si las aventuras de exploración, en todas las esferas, esperaran a que el 100 por 100 de sus devotos vinieran a ponerlas en práctica, nunca llegarían más allá de las especulaciones emanadas de un cómodo sillón. La gente que mantiene teorías progresivas sobre los niños y sobre la educación no siempre se aventura a entrar en la esfera práctica de la enseñanza o a trabajar en sitios donde puedan poner en práctica sus ideas.

Las escuelas progresivas tienen, en su mayoría, grandes dificultades para encontrar personal suficiente, con las cualidades requeridas por ellas. Al igual que otros movimientos minoritarios que se anticipan a su propio tiempo, éstas tienen que depender del *toma y escoge* de una selección de gente no muy numerosa. Es una equivocación considerar al maestro de escuela como a un cierto animal especial. El que exista, de hecho, un tipo de maestro muy remarcable, esclarece la desafortunada naturaleza de la escuela convencional que pone un sello sobre todo el que trabaja bajo tales condiciones. Pero lo que las escuelas progresivas piden son hombres y mujeres ordinarios que tengan algo que dar a los niños; estímulo, seguridad, habilidad o conocimientos. Entre los maestros de las escuelas progresivas hay tal vez unos cuantos remarcablemente dotados en varios sentidos que inspiran confianza, que estimulan la facultad creadora y que esparcen sus conocimientos; pero el genio no se puede esperar de todos. Lo que hace falta es una orientación hacia el mundo del niño, limpia de prejuicios corrientes entre los adultos contra la niñez. Este cambio de orientación no puede ser aprendido en un colegio de entrenamiento; éste tiene que venir del contacto con los niños y de una base satisfactoria de la vida propia del individuo.

El resultado de las escuelas progresivas no puede ser medido por el número de ex alumnos que ingresan en las fuerzas armadas o se hacen comerciantes o llegan a ser artistas creadores o revolucionarios. Los que conocen por dentro el movimiento de las escuelas progresivas en este país; deben conocer lo falso que es el asunto de la estadística. Es absurdamente anticientífico el llevar a cabo un estudio estadístico sin tener de antemano un gran número de niños (o de ratas, conejos de india o de coles) bajo la observación de uno, y un número igual de experimentos por quienes estén influenciados exactamente por los mismos factores exteriores que aquellos. Los datos a continuación son algunos de los factores externos que influencian el desenvolvimiento de la mayoría de los niños que asisten a las escuelas progresivas y cuyos padres, que son en cierto sentido miembros anormales de sociedades, por ejemplo, de minorías políticas, son artistas creadores, extranjeros, gente divorciada o unida sin estar casada, diversos «declassés», etc. Entre los niños existe siempre una

cierta proporción de problemas individuales, tales como lentos progresos o mala adaptación en escuelas previas. Una vez más, las casas de donde vienen los niños son en gran parte del grupo de renta media en la práctica, pocos padres ganando menos de diez libras semanales creen que valga la pena aceptar la subvención del Estado para sus hijos.

Considerando los resultados de las escuelas progresivas, por tanto, se debe tener presente una multitud de factores externos en la conducta de las escuelas sobre la línea progresiva. Sus resultados más importantes y apreciables no pueden ser medidos adecuadamente. Por ejemplo, la felicidad que de día en día van gozando los niños en la escuela. La felicidad es intangible; muchos adultos le dan muy poco valor e inclusive la desprecian. La mayoría de padres esperan obtener mucho más por el dinero que pagan por la educación de sus hijos.

Se ha encontrado tanta materia a censurar sobre la marcha de las escuelas progresivas que casi no vale la pena defender toda la minuciosidad de pequeños detalles que se han lanzado contra ellas. La cuestión más importante es, ¿qué hacer con los niños si no se les envía a una escuela progresiva?

Aquí me refiero a esa parte de población adulta que no es partidaria del *statu quo*; la que desearía ver el final de los privilegios de clase y de la pobreza, de las supersticiones religiosas y políticas, de la represión sexual y de la farsa, del militarismo y de la guerra. El hecho palmario es que por lo general, estos «instruidos» adultos tienen un código para ellos y otro para sus hijos. Ellos podrán ser ateos; sin embargo, aceptan como cosa corriente la instrucción religiosa para sus hijos en las escuelas. Siendo antimilitaristas, todavía aceptan la técnica disciplinaria de la escuela para sus hijos. Siendo libres en la cuestión sexual, esperan que sus hijos pasen a través del sistema de tabú y vergüenza de la escuela. Tal defienden su inconsistencia diciendo que los chiquillos son bastante libres en casa, pero si esto es así ellos son culpables de la creación de una pugna o lucha en la mente y en la vida emotiva de sus hijos que puede tener desagradables resultados. Mamá y papá pueden decir que la religión es cuento, mofarse del patriotismo y del ejército, tener poco respeto o ninguno por las reglas sexuales convencionales, pero como la escuela tiene creencias opuestas, ésta enseña a los niños que sus padres son mentecatos y no debe hacerse caso. Este hecho explica por qué tantos niños de padres «progresivos» corren hacia la seguridad de las reglas ultraconvencionales tan pronto como dejan la casa.

Algunos padres harán una concesión a su propio tren de vida escogiendo una escuela para sus hijos. Podrán escoger una escuela donde no haya culto religioso, o donde no haya cuerpo de cadetes, o donde no peguen. Tales concesiones son de apreciar, pero ellas no tocan la raíz del mal; la corrupción del niño por el mundo adulto. El culto religioso es muchas veces reemplazado por el culto del Estado, y el hecho de que una escuela no tenga cuerpo de cadetes no es garantía de que todo el trabajo realizado en ella no se lleve a cabo a estilo de cuartel por lo que respecta al azote, es seguramente un mal menor que el sistema punitivo, finalmente organizado en muchas escuelas de muchachas.

No me he tomado la molestia de defender las escuelas progresivas contra las acusaciones (seguramente exageradas) generales de dirección negligente, insuficiente equipo, clases desordenadas, etc., que libremente se lanzan sobre ellas; pero tomando el amplio principio de las escuelas convencionales «contra», las escuelas progresivas, gritaré desde el tejado de la casa que para ejemplo de verdadera vagancia y dirección estúpida, inapropiado y monstruoso equipo, para edificios sucios y sórdidos, para malos e inadecuados alimentos, hemos de dirigirnos a las escuelas convencionales. Es difícil decir cuáles son más culpables, si las escuelas del Estado, las privadas o las presumidas escuelas públicas. Mu-



cha veces es una bien establecida y respetable escuela convencional la que carga con alguna abominación que ninguna escuela progresiva toleraría. Las escuelas progresivas, encontrándose bajo el constante fuego de la crítica, no pueden permitirse el lujo de disminuir su nivel de vida.

El hecho de que algunos hombres y mujeres de valor y visión han hecho y están haciendo grandes cosas en unas cuantas escuelas convencionales, da a todo el sistema escolar el más depresivo aspecto por lo que tiene de contraste. Cuando uno tropieza con iguales procedimientos en criminología, en vez de pintarle a uno de color de rosa la vida de la prisión, hace resaltar la siguiente pregunta: ¿deben existir las prisiones?

La vida en nuestra sociedad trae consigo un cierto número de compromisos para todos nosotros; el revolucionario más ardiente tiene que comprometerse quiera que no, en muchas esferas de la vida. No obstante, parece que los padres no se molestan en evitar estos compromisos en lo que se refiere a sus hijos; entregan su descendencia a Dios y al Estado alegando alegremente que cualquier cosa es mejor que una escuela de locos. Parece que existen dos razones principales para esto. Primera, financiera: somos muy adversos a comprar cualquier cosa que pueda obtenerse libremente o más barata en otro sitio, aunque el artículo en cuestión apenas sea de la misma calidad que en el sitio más barato. Segundo, psicológica: los padres saben que a pesar de las tiernas y afectuosas relaciones que existan entre ellos y sus hijos, existe también una barrera de hostilidad, una guerra de clase entre el adulto y el niño que los divide (este asunto lo tratamos en capítulo posterior).

Una de las principales funciones de las escuelas convencionales es la de domar al niño, romper su espíritu natural. Los padres se dan por satisfechos de que esta domesticación se lleve a cabo fuera de casa, y están tácitamente de acuerdo en que se empleen métodos duros para de esta forma, en casa, poder ellos arrogarse el mérito de relativa tolerancia y liberalidad para así ganarse la afección de sus hijos. El término medio de padres busca para sus hijos una escuela que sea considerablemente menos liberal que él mismo; esto no se hace como una costumbre establecida o consciente, sino en ese sentido intuitivo con que tomamos nuestras más vitales decisiones.

¿Cuál es entonces el futuro de las escuelas progresivas desde el momento en que reciben tan poco apoyo de los adultos progresistas? Posiblemente no existe futuro para ellas: el Estado puede, por legislación o por medidas económicas, cerrar todas las escuelas sobre las que no puede obtener control efectivo. Tal acción no se realizaría sin que tuviese una gran repercusión entre el personal de las escuelas del Estado; muchos de ellos consideran las aventuras progresivas como una fuente de esperanza y de inspiración.

En el presente crepúsculo político de Inglaterra, es de uso general tolerar las actividades de las minorías avanzadas siempre que éstas no lleguen a ser muy poderosas; en tanto que este crepúsculo dure, continuarán las escuelas progresivas. Estas escuelas, aunque son insignificantes en número y moderadas en sus programas, tienen una influencia desproporcionadamente amplia. No solamente se han incrustado bajo la piel de muchos maestros ortodoxos, sino que han dado a los padres mucho que pensar sobre sus relaciones con sus hijos.

Las escuelas británicas son tradicionalmente duras en el trato a los niños; no obstante, muchos países han admirado y copiado esos métodos, especialmente los métodos de las escuelas públicas. Aparentemente, la confusión en el pensar ha conducido a las clases gobernantes de algunos países a razonar de esta forma: Gran Bretaña ha conquistado y mantenido un imperio; el imperio está gobernado por hombres de la Escuela Pública, si nosotros copiamos el sistema de Escuela Pública puede ser que nos toque en suerte un imperio. Es significativo que países que han adoptado las costumbres occidentales, como Burma, Siam, India, Iraq, en-

vían delegaciones culturales a hacer un estudio práctico de las escuelas británicas. Estas delegaciones visitan tanto las escuelas progresivas como las ortodoxas, y así se llevan dos ideas de los problemas que se les presenta. La cuestión de si salen más impresionados de la potencialidad de la educación como medio para aumentar el poder del Estado o como medio de contribuir al libre desenvolvimiento de los niños es una cosa que no podemos determinar.

Mucha gente empieza a decir que las escuelas progresivas han sobrevivido a sus funciones. Las escuelas del Estado han visto la luz, dicen, y la nueva ley de Educación conducirá a una era de enseñanza progresiva para todos. Es verdad que se han operado algunos cambios en las escuelas del Estado como resultado de la influencia de los pioneros progresistas, pero la nueva ley de Educación no va dirigida ni en pro ni en contra de la educación progresiva. Es simplemente un fragmento de la legislación que coloca a las escuelas del país más bajo aun que el control directo del Estado. Que su disposición específica sobre la cuestión de educación es apenas progresiva, no hace falta hacerlo remarcar mucho. Cuando la tercera parte de esta ley se ponga en ejecución, será ilegal educar o enseñar a cinco a más niños sin estar en posesión de una licencia. Esto es una invasión monstruosa de la idea usualmente aceptada de la libertad civil aun en nuestros tiempos. Nosotros podemos dirigirnos a reuniones públicas sin necesidad de licencia para hablar, podemos publicar libros y periódicos sin licencia para imprimir; ¡pero enseñar a niños es una actividad muy peligrosa para ser permitida sin una licencia del Estado!

Sé que muchos «progresistas» darán la bienvenida a este fragmento de legislación como un medio para limpiar las pequeñas y horribles escuelas privadas donde solteronas indecentes atemorizan a los niños. Pero los padres envían a sus hijos a tales lugares como resultado de causas sociales definidas que no serán eliminadas por medio de la legislación. Estos desagradables maestros se enrolarán en el servicio del ministerio de Educación y pondrán sus abundantes aunque perversas energías al servicio de la ley para hacerla trabajar de acuerdo con su forma de ver la vida.

La nueva ley de Educación es verdaderamente un documento de valor para ser leído por cualquiera; es un verdadero producto de nuestros tiempos. Detrás de su elefantiaca estupidez yace la fuerte lógica del Estado Leviatán. He aquí un párrafo sobre el culto:

«El día escolar en toda Escuela Municipal y en toda Escuela Voluntaria empezará con servicio religioso colectivo por parte de todos los alumnos asistentes».

Algunos de los inspectores de Su Majestad instan al Ministerio a que defina la forma en que se ha de interpretar el «culto». Los abogados del Ministerio contestan a tal efecto que cualquier culto antiguo bastará, y agrega algún humorista que en caso de que una escuela escoja como culto el sacrificio humano, la víctima podrá siempre sacudírselo por medio de la cláusula especial de conciencia estipulada. Ahí lo tenemos; los inspectores de Su Majestad deben aprobar si una escuela debe forzar solemnemente a sus alumnos a empezar cada día con el culto de Baal, Lenin, Cristo o Mr. Attlee; el objetivo de la reverencia es inmaterial, siempre y cuando los niños sean obligados a sentir miedo y humillación voluntaria.

Habiendo leído la nueva ley de Educación nos damos cuenta de que las advertencias de William Godwin contra el proyecto de educación del Estado, sobre que éste pondría la inteligencia de la masa del pueblo a merced de sus gobernantes, estaban muy bien fundadas. Nos encontramos en un crepúsculo de libertad política, y en que las mentes más escrupulosas de nuestro tiempo viven engañadas por las formas vacías de democracia, políticamente más inofensiva que la radical del siglo XVIII.

Tony GIBSON



# EUGEN RELGIS.

## HUMANISTA LIBERTARIO



ON este título encabezaba mi estudio aparecido en CENIT (núm. 4, pág. 122-125, abril de 1951), en el que me extendía sobre la vida y la obra de Eugen Relgis, apóstol del panhumanismo. Necesario es, pues, que a dos años de distancia, prosiga mi estudio —pues las actividades de Relgis de modo alguno han decrecido— para bien de cuantos en el presente o en el futuro quieran documentarse, acerca de esta figura que se

yergue a la altura de un Romain Rolland.

Entre las realizaciones más afines al espíritu libertario cabe destacar que Relgis es el «alma mater» de la B.A.I.A. (Biblioteca Internacional Anarquista) con sede en Montevideo. «Es un animador entusiasta de las actividades históricas y bibliográficas de la C.R.I.A. y el archivista fecundo y laborioso de la B.A.I.A. de Montevideo». (Boletín de la C.R.I.A. núm. 6) Y añade el mismo boletín sobre la proyección de la obra de Relgis hacia el libertarismo. «E.R. representa en el campo del anarquismo internacional, una figura bien definida y concreta, una expresión viviente del universalismo operante en base y esfuerzo y no en ficción». Por su parte Agustín Souchy, en su estudio *Rudof Rocker: sus ochenta años y sus sesenta años de lucha por la libertad* (Die Freie Gesellschaft), «La sociedad libre», núm. 39, página 71, 1953) comenta: «y a esa enumeración» —el autor cita a Rocker (80 años), E. Armand (81 años), Bertrand Russell (82 años), Gigi Damiani, el propulsor de *Umanità Nova* romana y A. Jensen (más de 70 años) el animador de la S.A.C. sueca— «no se debe olvidar a Eugen Relgis que durante casi medio siglo ha hecho oír por el mundo, desde sus Balcanes natales, su verbo humanitarista; desterrado cuando la bestia triunfó, prosigue desde Montevideo su actividad fructífera y benefactora en defensa de la dignidad humana». La prensa libertaria de ambos continentes que aparece en la actualidad, propaga en sus páginas su ideología in pro de la emancipación humanista.

Empero Relgis no es de modo alguno un dogmático; siembra contra viento y marea por todos los ámbitos intelectuales del mundo. «Y en el campo de la literatura y en el terreno de las interpretaciones intelectuales de la época—prosigue Ildefonso en el citado boletín—es una figura relevante y reconfortadora, comparable en aspectos diversos a R. Rolland, M. Gandhi, B. de Ligt y M. Nettelau». A Relgis se le rinde homenaje desde los más diversos lugares y desde los credos más diferentes, pero siempre anhelantes de un «mundo nuevo», suplantando las miserias de esta sociedad caduca.

He aquí algunos ejemplos: *América*: E. R., *Rumanian Humanist* por F. H. Frank y J. H. Hershey (revista *The Humanist*, núm. 1, feb., 1951. Yellow Spring, Ohio. U.S.A.); E. R., *Humanista e cidadão do mundo* (diario «Correio da Manhã», abril 1950, Río de Janeiro, Brasil); E. R. *Una conciencia pacífica del mundo*, por F. F. Alborz (ex director de «El Socialista» de Madrid, en el semanario «El Sol», marzo 1952, Montevideo); *El mensaje de E. R.*, por J. Casal Muñoz (en la revista «Alfar», núm. 90, 1952-1953; Europa: E. R., *der rumanische Vorkämpfer für eine neue Menschheit*, por O.M.S. Pascendi (en la revista «Die Freie Gesellschaft», dic. 1951, Darmstadt, Alemania); *Le vieux*

*pacifiste*: E. R., por P. Boujout, revista «La Tour de Feu», números 32 y 33, Francia); *Eugen Relgis*, por L. Spitzberger (revista «Freie Welt» de Viena, mayo 1952), etc.

Sin embargo, Relgis no se circunscribe a los solos estudios para diarios y revistas, sino que forja y edita obras de duración. El esfuerzo editorial de Relgis es un impulso idealista digno de mención. Cuando muchos se acobardan en esta época de conformismo, a causa de los elevados precios de impresión, de indiferencia por parte de los probables lectores con espíritu ausente hacia las *verdaderas obras del espíritu*, o por otras causas que se me escapan, Relgis se ha quedado sin comer, adeudado incluso... pero todos sus libros van saliendo a flote en ediciones castellanas. Porque su misión, la que él mismo se dió, bien se entiende, está en su obra, proyectada hacia la superación humanista del individuo y de la especie.

El cenit de su esfuerzo de divulgación mediante sus obras, hállase en el momento presente. Cuatro volúmenes vertidos al castellano, están en prensa actualmente. He aquí, a «grosso modo» su análisis:

*De mis peregrinaciones europeas* (tomo I. Editorial Hachette, Buenos Aires. El autor, viajando desde París a Bucarest (Rumania), con una breve estadía en Londres, atravesando Suiza, Austria, Hungría y Checoslovaquia. En todos esos países visita a las personalidades que hace mención en esta obra. A saber: *Henri Barbusse*, con quien controversia acerca del comunismo; *Lanti*, el fundador de la S.A.T. esperantista, temas sobre el nacionalismo; *Han Ryner*, a quien califica de «mago del pensamiento»; *Leon Balzagger*, traductor de Withman y autor de «Henry Thoreau, salvaje»; *Georges Chennevière* y otros animadores de la revista «Europe»; *Phileas Lebesgue*, el poeta campesino; *Banville d'Hostel*, que sigue siempre animando «Esope» y al que denomina «caballero del ensueño y de la acción»; *H. Runham Brown*, el malogrado fundador de «War Resisters International»; *Romain Rolland*, con quien platica sobre la paz, la revolución y el humanitarismo; *Edmond Privat*, entonces presidente de la U.E.A. esperantista; *Paul Birukoff*, antiguo secretario de León Tolstói, quien le expresa el significado del tolstoísmo; *Augusto Forel*, con quien habla de «la religión del bien social»; *Barthelemy de Ligt*, el ex sacerdote devenido libertario, debate sobre el pacifismo científico; *Andreas Latzko*, el autor de «Hombres en guerra», que le dice su «trágica confesión de un vencido», y por último *Stefan Zweig*, el gran europeo. Este interesante libro, cuyo título en el original es *Popasuri la mari europeani*, está prologado por Han Ryner.

*Romain Rolland: un caso de conciencia*, de la serie «El hombre libre frente a la barbarie totalitaria». Exposición sobre las ideas social-políticas de R. Rolland. Se publica asimismo en los *Anales de la Universidad* de Montevideo. (Capítulos publicados también en CENIT).

*Testimonios culturales de un europeo en el Uruguay*, en prensa a cargo del Instituto de Investigaciones Literarias de Montevideo. Fragmentariamente ha sido ya publicado, lo mismo que el anterior en diversas revistas, entre éstas *Humanismo*, de México; *Cuadernos Internacionales*, *Contre-Courant*, *L'Unique*, etc.

*Historia sexual de la Humanidad*, Editorial Americalee. Buenos Aires. En esta obra, Relgis pone en evidencia «el



rol histórico y social-político del factor sexual en la vida de los pueblos». Sus tres partes comprenden: 1) Exposición sobre humanismo y eugenesia, como punto de partida para todo ensayo de renovación biológica, psíquica y moral del hombre. 2) Historia propiamente dicha de la humanidad desde este punto de vista, utilizando también la materia recopilada por E. Gante y E. Armand. 3) Epoca de entre ambas guerras mundiales. Psicopatología de los regímenes totalitarios. Cinco capítulos sobre el nazismo. Dos, sobre la doble moral sexual de la Rusia soviética. Uno, en donde se expone por vez primera, la tragedia de la *Amerindia*: posibilidad de la bárbara «conquista» sobre las poblaciones indígenas, mediante las influencias del factor sexual.

Sus otros volúmenes prestos a ser impresos son:

*Diez capitales* (tomo II de «Peregrinaciones») en el que consagra una gran parte a las figuras preeminentes de los movimientos libertarios de Europa, entre ellas la de Max Nettlau, Pierre Ramus, etc.

*Encuesta América-Europa*, con noventa colaboraciones de antes y después de la segunda guerra mundial. Introducción, comentarios y conclusiones de E. Relgis. Fragmentariamente fué ya publicado en la fenecida revista «Nervio» de Buenos Aires, y más recientemente en CENIT, «El Humanista» y «Lucha», de Montevideo.

*El espíritu activo*, recopilación de ensayos en pro de la libertad del espíritu, estudios concernientes a la cultura contemporánea.

*Humanitarismo*, un gran tomo sintetizando todos los escritos de Relgis sobre el humanitarismo positivo moderno y la acción de los intelectuales libres, en pro de la paz y la libertad de la cultura.

*Sudamérica*, volumen de poemas en idioma materno, sobre una «geografía cordial» sudamericana. Publicado fragmentariamente en las revistas rumanas en exilio.

Desde mi precedente estudio sobre Relgis, dos obras suyas han aparecido: *Mirón el Sordo*, en versión española. Introducción de Phileas Lebesgue. Prefacio de Stefan Zweig. Opiniones varias sobre el autor y su obra. Traducción de Alicia Rincón.

*Stefan Zweig, cazador de almas*, homenaje al malogrado suicida de Petrópolis, en ocasión de su décimo aniversario. (Entre las obras más esclarecedoras que se han escrito sobre Stefan Zweig, motivadas por su trágico final, destaco al pasar *Los últimos momentos de Stefan Zweig*, del precioso escritor brasileño Claudio de Souza).

Relgis toma también parte en la *Anthologie de l'Objection de Conscience et de raison*, presentada por Hem Day, el animador de la revista belga «Pensée et Action». (Páginas 39-41).

En «Almanahul Olimilor din Romania» (Almanaque de los refugiados rumanos en Israel) aparecido en Haifa (1952-53), colabora Relgis con sus «recuerdos de un escritor rumano refugiado en Sudamérica».

En el aniversario (70 años) de esa mujer admirable que es Federica María Zweig, que fuera la primera esposa de Stefan Zweig y que actualmente reside en Stamford (Conn.) U.S.A., un grupo de amigos editaron un librito restringido a doscientos ejemplares: *Liber Amicorum Friderike Maria Zweig*; Relgis escribe algunas páginas inéditas en castellano. Reproducimos un fragmento:

«Fué hace mucho tiempo, un cuarto de siglo aproximadamente, durante mi primera entrevista con Stefan Zweig, en Salzburgo, en su biblioteca de Kapusinerberg, entrevista que he relatado en mis «Peregrinaciones europeas» y, más ampliamente con otros recuerdos y documentos, en mi libro sobre ese «cazador de almas». Una dama asistía a la conversación que, después de los tanteos del comienzo, se convirtió en un animado debate sobre algunos grandes temas acerca de la cultura, la paz y el humanitarismo. Sentía yo su presencia sin atreverme a dirigirle una palabra de

cortesía, sin poder interrumpir o desviar la conversación hacia otras cuestiones. Ella callaba, escuchando con atención, a la vez discreta y comprensiva. Tenía la impresión de que dominaba a los interlocutores por su silencio, que era sin embargo activo, como una participación cordial, matizada de indulgencia, por las preocupaciones de esos dos «combatientes del espíritu», que se habían encontrado allí en lo alto, en una encrucijada de las rutas europeas. Yo no había observado su entrada y no puedo decir tampoco cómo se retiró, dejándonos continuar la discusión, a Stefan Zweig y a mi, en la sombra cada vez más densa del crepúsculo otoñal. No puedo evocar ni la expresión de su rostro, ni tan sólo un gesto, algo que se refiera a su persona. Era una presencia de alma: un espíritu que yo sentía tutelar, una conciencia voluntaria, esclarecida por una lúcida y generosa solidaridad hacia las grandes «causas», que son las de las tragedias de los pueblos y del destino de la humanidad. Y esta dama era—por cuanto sabía yo entonces—la compañera de vida, de trabajo y de comunión, del autor de «Los constructores del mundo»...

Federica Stefan Zweig es, a mi concepto, una mujer de altura. De esas mujeres puras de alma en donde la Idea está allende los impulsivos determinismos del sexo. Su ejemplo es digno de meditación para cuantas mujeres desean dejar en la vida rasgos de luz y bondad de corazón. Añadiré que es autora de ocho libros en idioma alemán, doce traducciones y algunas inéditas, como su excelente versión de la obra de Balzac: *Henry Thoreau, sauvage*.

Hasta en el lejano Japón se oye el verbo humanitarista de Relgis, como lo demuestra, entre otras publicaciones, la excelente revista *Ananai* (bilingüe, inglés-japonés), en la que se ven los para nosotros indescifrables caracteres nipones, en que Relgis responde a los jóvenes japoneses que le han escrito.

En las revistas rumanas en exilio *Vestitorul Nostru* (Nuestro mensajero) de París, *Exil e Insirte Margaritha* (Entrelazando perlas) de Río de Janeiro, véanse sus nuevos poemas. *Cuaderni del Militanti*, de Génova, reproduce por capítulos su obra *Cosmometápolis*. Y *La Revista Nacional, Solidaridad* (órgano de la FORU uruguaya, filial de la AIT) de Montevideo; *Les Cahiers des Amis de Han Ryner, Sources Libres*, de Francia; *Brand*, de Estocolmo; *Umanità Nova, Volontà*, de Italia; *Die Friedens-Rundschau* (El panorama de la paz), de Alemania; *Reconstruir, Organización Obrera*, de Buenos Aires, etc., traen impresa su luminosa prosa, además de todas las publicaciones citadas precedentemente.

Siendo este estudio de documentación y no de análisis ideológico que, a mi juicio el lector debe, por y para el mismo, reflexionar acerca de él, y considerando que esta documentación no será inútil para cuantos traten de investigar la obra humanitarista erigida por Eugen Relgis, me he inclinado a redactar la presente nota.

Saludemos, pues, todos cuantos ansiamos el advenimiento de una era pacífica y armoniosa sobre la tierra, en donde *ecce homo* sea verdaderamente el *homo sapiens de Linneo*, y no el *homo belicosus* que caotiza y siembra la confusión y el desorden en la humana existencia... saludemos en la figura de Eugen Relgis, a la imperecedera llama del ideal que a través del ágora ateniense, se extiende a través de los siglos, portada por los justos y los sabios, hacia la armonía de las venideras centurias.

Empero, antes de dejar caer el punto final, no seré yo quien olvide, lo que se debe a otra admirable mujer que, no sólo ha sido la esposa, sino la hermana y la compañera del escritor rumano. Ana Relgis, desconocida allende de la intimidad de su hogar, no deja de ser menos la inspiradora, humanamente noble, del fundador e impulsor infatigable del humanitarismo moderno, de tendencia libertaria y universal.

Vladimir MUÑOZ.



# La C.G.T. argentina al dictado de la dictadura peronista



**L**a oficialismo de la C.G.T., apéndice del gobierno peronista, sigue encharcado en el lodo de la burguesía como consecuencia del arrivismo de sus líderes de acatamiento a Perón, sumiendo aquélla a la doble postulación de servilismo y deslealtad, llegando hasta conjurar sus propias premisas sindicales.

La genuflexión es el peor vicio que pueda tener ente humano, y ésta es causa sobradamente demostrativa para sumirle en el más severo abatimiento. El peronismo ha hecho de la C.G.T. argentina el aborto enclenque con premisas bastardas de un sindicalismo espúreo, presto siempre a hincarse de rodillas y a vivir de espaldas a la verdad cotidiana, envuelta de injusticias y cubierto el ambiente de ahogadas protestas, unas veces mediante su propia intervención y otras por su postura de inmoralidad sindicalista.

Mientras esa situación se prolonga, sembrada de obstáculos inabordables, la vida de la clase laboriosa sufre la reticencia de un régimen de fuerza y sin la menor esperanza de solución viable, que se agrava más por los métodos de organización político-sociales, que el dictador Perón y su partido le han imprimido, con sus fórmulas, ayer con el Plan Económico y hoy con el Plan Quinquenal, ambos factores generadores de la miseria moral y material del pueblo argentino, éste se ve obligado a restringir su desenvolvimiento en la vida, careciendo en algunas ocasiones, no ya del trabajo necesario para su subsistencia (que ya es mucho) sino del más elemental respeto si se atreve a poner en evidencia las causas de su mal, producto del régimen impuesto, mentira social de la doctrina *justicialista*.

Ahora bien, aunque esto parezca mentira, y a pesar de la paradoja que pueda ello suponer, según el dictador Perón todo lo que se hace en la Argentina se hace por el pueblo y para el pueblo.

El Plan Quinquenal es una especie de malabarismo que el dictador Perón y sus secuaces, fieles guardianes de su inestable equilibrio, intentan con sendos y no menos huecos discursos probar su discutible eficacia. Pero como todo se pasa en dictadura, claro está que con razón o sin ella, el pueblo debe contribuir a su éxito. El segundo Plan Quinquenal—que no se trata de un mero plan económico sino de una planificación social completa—abarca todos los aspectos de la vida de la nación, lo que equivale a decir que la simple facultad de vivir en el paraíso peronista queda sujeta a una única voluntad: la del dictador, creador del plan, como más adelante veremos.

Con este objeto, el año 1953 transcurre, como señalé anteriormente, con discursos y más discursos sobre el mentado plan, y en todos ellos no se vislumbra otra perspectiva, como valor efectivo, que el acentuado énfasis vocinglero y ruidoso, sin otras intenciones que ir embadurnando la fachada de la dictadura peronista con visos de elástica libertad.

Naturalmente, en este segundo Plan Quinquenal tampoco se dejan entrever los beneficios que el mismo aportará al pueblo argentino, pero sin dejar de manifestar que éste es libre y soberano. Pero teniendo en cuenta la rígida estructura que el mismo plan, en materia penal, determina, el lector se dará rápidamente cuenta de cuál podrá ser el gra-

do de bienestar y libertad que le caracteriza. Y para botón de muestra veamos cómo lo concibe el dictador en uno de sus muchos discursos sobre el Primer Plan Económico. En términos más o menos parecidos, decía: «Para contribuir con éxito a la realización del plan, deben educarse los hombres dentro de la doctrina del justicialismo, para que los que manden sepan mandar y los que obedezcan sepan obedecer». En otros términos: Yo gobierno y mando; y tú, pueblo, obedeces.

El resultado del Primer Plan Económico no ha tenido otra virtud que el de mantener inestable una situación que, precaria por demás, continúa empeorando con la aparición del segundo. Aumentan aún más las proporciones de gravedad. Y la invariabilidad de condiciones en orden de organización, ya que bilateralmente los dos planes están inspirados por el mismo sentido totalitario. Veamos, sino, de nuevo lo que significan ciertas afirmaciones que en diferentes discursos se asevera con referencia al Segundo Plan Quinquenal.

Dice el dictador Perón: «Mi tarea de organizar el Estado y el Gobierno ya la he realizado. El Gobierno y el Estado me pertenecen a mí como funcionario. Yo actúo sobre ellos, los gobierno, los manejo, los mando; pero al pueblo solamente lo dirijo...»

Objetivamente, y desde el punto de vista ético de la libertad popular, la opinión de un hombre o de varios debe ajustarse siempre a una moral de entendimiento y comprensión en la que la razón no sea objeto de imprecisión y si el factor que contribuya al discernimiento de la luz para aunar voluntades y para que éstas, en un todo, faculten el derecho de ser de cada, sin trabas que lo resuman a una síntesis de inferioridad. La libertad, pues, no puede ser otra cosa que el resultado acorde de esfuerzos e ideas para un fin común, sin otra autoridad que la moral de uno para todos y todos para uno.

Desgraciadamente para el pueblo argentino, y tal como lo trazan las líneas generales del plan en cuestión, la dosis de libertad que se administra es semejante a la del perro que, sujeto a la cadena, sólo le es dado transitar dentro del radio de acción que la dimensión de la cadena le permite.

Parecerá inverosímil llegar a estas conclusiones, pero como la verdad obliga, sería injusto no hacer honor a la verdad. Y para ello me atengo al testimonio de algunos pasajes de diferentes discursos—que éstos no faltan—, aunque el trabajo mengüe, porque son dignos de tener en cuenta para hacerse un cabal juicio, no ya por su característica sino también para justificar mis aseveraciones, máxime si se tiene en cuenta que parecen ser como canto a las bellezas de un régimen provisto de las mejores cualidades.

Dice el dictador Perón: «Ningún argentino ha escapado a ningún objetivo que, individual o colectivamente, debe realizar de los ochocientos y tantos objetivos fijados dentro del Plan Quinquenal...» Y más tarde, refiriéndose a la libertad de su «querido» pueblo, agrega: «En esto no nos interesa que sean «contras» o lo que sean, la cosa es que lo hagan, porque de los «contras» no necesitamos que nos amen, pero sí que nos obedezcan...» «Nosotros no queremos organizar al pueblo; queremos que éste se organice a sí mismo. Hay una ley de la nación que establece una forma de organizarse; es cuestión de meterse dentro de ella...»



Todos conocemos el uso y abuso que se hace actualmente de las leyes y aun más al tratarse de un régimen de fuerza. Sabemos que la ley es el instrumento puesto en juego y dispuesto, si así lo exigen las circunstancias, para vilipendiar la razón si ésta no se ajusta al dictado de la sinrazón del Estado. Pero por si esto no fuera una aseveración justa y adecuada al caso que nos ocupa, escuchemos una vez más al dictador Perón: «En esto yo siempre digo: más vale tener cien ovejas al mando de un león que tener cien leones al mando de una oveja...»

Si las deducciones del dictador Perón, en materia de organización política, no fueran en esencia el resultado de su mentalidad fascista, la libertad del pueblo argentino podría estar condicionada a mejores perspectivas. Pero a igual que otros pueblos regidos por gobiernos llamados liberales y democráticos, por defecto y por obra de los procedimientos puestos en práctica, no es más que la sombra de una entelequia donde los derechos de los trabajadores quedan ductilizados a su rigor y conveniencia.

Escuchemos ahora lo que dijo en uno de sus discursos el ministro de Asuntos Técnicos, Dr. Raúl A. Mende: «Esto que voy a hacer es una declaración fundamental. Aquí no hay más que un conductor: Perón. El ministerio Técnico y sus organismos de planificación no son más, en última síntesis, que organismos auxiliares de esa conducción. Pero yo necesito decir, en homenaje a la verdad, que en este país la planificación es idea, creación original y obra exclusiva del general Perón...» «Por eso también nosotros hemos dicho infinitas veces que esto no es otra cosa que el Plan de Perón para su pueblo y, en cierta medida, es también el plan del pueblo para que se realicen los sueños y la esperanza de Perón...» «En conclusión, señores y señoras, senadores y diputados, el mérito que este plan pudiera tener es exclusivamente obra de Perón; los errores que probablemente hayamos cometido son los nuestros, repito, malos intérpretes de un pensamiento demasiado grande para nuestro tiempo, y demasiado grande para nuestra propia capacidad de interpretación...» Y para terminar, dice: «Decía León Bloy que Napoleón vivía asombrado de la mediocridad de sus contemporáneos. Al lado de Perón nosotros también nos sentimos pequeños...»

Las manifestaciones hechas por el Dr. Raúl A. Mende, a través de sus discursos, no dejan lugar a dudas del servilismo y pobreza moral que le caracterizan. Por desgracia, como las de este señor, en términos más o menos parecidos, son todas las expresiones que en torno a la persona del dictador hacen sus correligionarios.

El fanatismo y la pasión son precisamente causas morbosas que desfiguran la razón. Y cuando esto se produce, es difícil encontrar ponderación en la realización de los actos, y aún mucho más gobernar con relativa justicia los destinos de una nación. Es en esta situación que se encuentran situados todos los peronistas y muy particularmente—como queda demostrado por sus propias manifestaciones—todos los que alrededor del dictador Perón forman parte del gobierno. Todos estos señores, arrivistas, tráfugas, aparte de poner de manifiesto su inferioridad moral como hombres y como gobernantes, son un constante peligro para la libertad del pueblo argentino, porque su fanatismo es la causa de todos los males que soporta este pueblo.

A tono con esta moral, permítame el lector recordar lo del caracol y el águila. Según Vargas Vila, con relación a una oferta que se hiciera, en la introducción de una de sus obras—«La conquista de Bizancio»—relata la ascensión hacia el piso de una de las montañas más altas, de un águila, que al llegar, ufana, se preguntó: «¿Quién más alta que yo?» «Yo», le contestó un caracol que estaba situado encima de su cabeza.

¿Cuál puede ser el alcance moral y material del Segundo Plan Quinquenal, con un programa supeditado a aspi-

raciones intrínsecas y en el que el pueblo sólo tiene la obligación del asentimiento?

Ya hemos visto, a través de lo manifestado en los diferentes pasajes de los discursos, su pobre contenido moral y su falta de esencia ética. Todo esto no tendría importancia si la totalidad del pueblo argentino estuviera plenamente fanatizado, y de acuerdo con esa insana moral, guardara para ella el mejor respeto. Afortunadamente, el pueblo argentino no se compone sólo de fanáticos peronistas. Contra la doctrina de *justicialismo*, están también los conservadores radicales, socialistas, comunistas, anarquistas, sindicalistas revolucionarios, etc., etc. Y esto no lo niega ni el mismo Perón; lo confirma cuando trata de reducir a los «contras» o leones a la calidad de humildes ovejas.

El peronismo tiene controlados todos los medios de difusión propagandista y él sólo puede exteriorizar su opinión. Ahora bien, si para la escandalosa propaganda de su doctrina no ahorran en absoluto medio alguno, pues vale decir que es la única manifestación que en público y privado se tolera—ni la oposición radical, parte integrante del gobierno, goza de esta prerrogativa—, para las torturas y arbitrarios encarcelamientos, llevados a cabo con refinamiento por las huestes policíacas contra los opositores del confuso orden *justicialista*, se observa el más profundo silencio para mejor esconder las brutales torturas que con feroz ensañamiento les son aplicadas a los detenidos.

El dictador Perón, usando un lenguaje pseudo-obrerista y de resonancia social, ha confundido a la gente de buena fe. El dictador ha desnaturalizado el contenido ético de la razón social. Sus premisas de opresión y despotismo son el mayor exponente de su sinuosa y velada sinceridad. Si así no fuera, en la planificación social, que abarca todos los aspectos de la vida de la nación, se hubiera ajustado a operaciones más nobles, más justas, en suma, más sociables.

¿Para qué, pues, dictar leyes represivas en una «panacea social»? Pero no se pueden pedir peras al olmo y con aspiraciones imperialistas no podrá hacer más de lo que ha hecho. Por obra de estas mismas aspiraciones para seguridad suya y del Estado, el día 25 de agosto de 1945 se dicta un decreto llamado de «Delitos contra la seguridad del Estado». Como se comprenderá, este decreto le forman varios articulados, a cual más represivo. ¿Con qué intenciones? Es fácil de comprender. Veamos. El ha hecho del Sindicato un órgano del Estado. El Sindicato no puede declarar huelgas si no están autorizadas por el Estado. El Sindicato debe salir en defensa del Estado si está éste amenazado por una sublevación popular que tienda a destruir la dictadura que ejerce contra el pueblo.

Este es otro de los malabarismos que el dictador ha ido confeccionando metódicamente. Antes, para dejar bien sentido este principio abstracto y *oficialista* del sindicalismo, se presionó intensamente a todos los gremios para que se sumaran a estas pretensiones. Los gremios que no claudicaron fueron objeto de indignas represalias y fueron clausurados sus centros.

Desde este momento la C.G.T. es el aglutinante de tráfugas y arrivistas. Su independencia y libertad de acción quedan completamente anuladas. Sus características y significación esencial de lucha quedan trocadas, y pasa a ser el apéndice de la máquina gubernamental. La C.G.T. es hoy la encubridora de todas las arbitrariedades y del cercenamiento de las libertades del pueblo argentino, y, en ocasiones, la cooperadora de la policía para señalar a los rebeldes que aún no han perdido la dignidad y moral sindical.

¿Cuántos son los casos de injusticia que se han cometido y se cometen? Innombrables. Hacer un resumen de ellos sería imposible por falta de espacio. Ya en otro trabajo similar a éste señalaba hechos de algunos de los cuales la C.G.T. fué cómplice.

FRATERNAL



# El apocalipsis de WILLIAM BLAKE

## I. — EL PROFETA



N el país del físico Newton y de Locke, el filósofo utilitarista, se ha predicado, a fines del siglo XVIII, en el desierto: fué la palabra de un profeta que osó afirmar la primacía del espíritu. William Blake (1757-1827) pertenece a la familia de los grandes místicos (igual que Swedenborg) que creen en las realidades interiores, tienen la visión de las armonías supraterráneas y, a veces, se pierden ellos mismos en su tupida «selva de símbolos», anhelando hacia la gran luz a la que, al final, la encuentran en su propia conciencia soberana.

Después del triunfo de la ciencia, cuyo apogeo algunos lo ven en la satánica utilización de los medios de destrucción guerreros, se manifiesta en nuestros días un impulso de purificación espiritual que parece, al mismo tiempo, el retorno a la intuición profética y a la contemplación metafísica. La afirmación cada vez más persistente de la antroposofía y del humanismo en sus múltiples aspectos, las corrientes espirituales que con frecuencia se desbordan del lecho del ortodoxismo, de las religiones tradicionales, para derramarse en las tierras vírgenes del alma, constituyen indicios de renovación moral y de una radical revisión de los valores científicos. No de la ciencia pura, que permanece intacta, sino de los métodos y actitudes prácticas. La suma de los conocimientos humanos, en general, es la misma. El modo de utilizarlos, la interpretación que damos al mundo y la apreciación de la vida, varían bajo el impulso de ciertos acontecimientos históricos dominantes.

El espiritualismo post-bélico tuvo en William Blake a uno de sus precursores. Quien no pudo imprimir sus obras, debiendo grabar sus propios manuscritos para un reducido número de suscriptores, era traducido más tarde en francés, en alemán, en español y reimpresso en grandes ediciones con muchos comentarios y anotaciones: *Esbozos poéticos*, *Tiriel*, *La Revolución francesa*, *Cantos de la inocencia y de la experiencia*, *La isla de la Luna* y, sobre todo, *Los libros proféticos*, en los cuales Blake se ha realizado íntegramente, caótico y apocalíptico, pero lleno de calor, igual que la llama, y henchido de verdades como la granada de pepitas. La traducción de los primeros libros proféticos por Pierre Berger (ed. Rieder, París, 1927) nos facilita conocer a un poeta que podríamos llamar cosmogónico, y de un pensador rebelde que no pisa las huellas de la lógica tradicional, para no estancarse en la prisión helada de la Razón.

Blake es un intuitivo, un clarividente; quiere arrancar el corazón de las verdades, para ofrecerlo aún sangrante y palpitante a los que pueden seguirlo por los espinosos senderos de la Revelación. Creyendo en la realidad de sus visiones, Blake poseía una fuerza de persuasión, una seguridad en la afirmación que ha imprimido a su mundo fantasmagórico contornos precisos y armonías móviles como las del fuego y del agua. Sus abstracciones tienen nervios y sangre. He aquí el Orgullo que creó Ninive y Babilonia, Tyro e incluso a

Jerusalén, y después Hélade y Roma, que se eleva sobre las siete colinas. Este Orgullo, invadido por los tremendos dolores de una nueva fecundidad, dió nacimiento a los mellizos: la Envidia y el Odio. «La Envidia tiene la inmensa cabeza de una serpiente, silbando mediante un centenar de lenguas; su aliento venenoso engendra la Sátira, innoble contagio del cual nadie se halla exento. Poseída por una sed inextinguible, ella ingiere su propia ponzoña, devora sus partes inferiores, de donde brota un manantial. Negro y maloliente, este manantial atraviesa países, haciendo rodar sus olas con ruidos poderosos pero, por último, se pierde en el lago llamado Olvido. La copa de cada mortal es colmada en dicho manantial... Esta superposición de símbolos se mantiene como un andamiaje proyectado en el infinito, y el que quiere subir sin tener la necesaria preparación, se pierde en el vértigo de una grandiosidad universal en la cual los mundos se suceden en el frenesí de la creación.

Pero leamos otra página de los *Libros proféticos*: «El Odio, magro hechicero, incita a la Envidia gastada, impotente para que haga algo por sí misma—demonio sin sangre a quien sirven los dioses, satisfaciendo su voluntad. El Odio permanece invisible, alejado, en alguna horrible gruta que el ojo del día no la ve, clavada por el destino sobre una roca áspera; y allá realiza sus brujerías, mientras sus gruñidos hacen temblar la tierra. El vigila a la Envidia con sus hechizos entorpecedores, y también a la Melancolía nacida de sus negras entrañas... ¡Es una Melancolía tan encantadora! Su cielo se halla en el cielo del espíritu, porque ella procede del cielo y, en todo lugar donde ella va, es seguida por el cielo. Es ella quien vuelve a traer la verdadera Alegría. La Contemplación es su hija. ¡Oh, dulce Contemplación! Ella trae al hombre la Humildad. «Llévala contigo—dice—cúidala en tu corazón; sé dueño de tí mismo, y entonces serás amo de todo». La Contemplación hace ver al Conocimiento el modo real del saber, colocándolo en el trono que perdiera otrora... Y Blake prosigue sin preguntarse si, después de algunos renglones no se contradice: «La Conciencia ha determinado que la Melancolía baje hasta nosotros. La Conciencia ha sido enviada como custodia de la Razón, de la Razón que en otros tiempos era más hermosa que la luz, hasta que fué deshonrada en el negro calabozo del Conocimiento. Porque el Conocimiento ahuyentó a la mansa Inocencia, y la Razón hubiera seguido el mismo camino, pero el Destino no toleró eso».

Quien conoce algo de la historia de la filosofía, la evolución de la cultura universal y las luchas entre la religión y la ciencia, reconocerá, después de estas pocas citas, la mística penetración de Blake en los arcanos espirituales. Los *Libros Proféticos* constituyen una síntesis de la vida y del pensamiento humanos, pero no una síntesis histórica, sino una personal en la que la poesía es mezclada con la metafísica, el ensueño con la realidad, la piedad con el satanismo. Blake ha creado su propia mitología para que pudiera expresar su pensamiento y diera cuerpo a sus concepciones. Nombres raros con sonoridades bárbaras o bien armoniosas, son los que emplea: Urizen (la razón despótica), Enitharmon



(mujer-materia), Oro (el espíritu de la libertad), Ocalythron (la diosa de los celos), Palamabron (el sacerdote de la religión natural), Elynitria (una Diana con el arco de plata)...

¿Pero, cuáles son las «dogmas» de William Blake? Para él, el mundo real es una simple apariencia. Los sentidos no nos pueden dar otra cosa que ilusiones pasajeras. Solamente las visiones tienen fundamento, por brotar de una realidad personal, que sola es permanente y absoluta: la Conciencia. Los vínculos entre el hombre y la divinidad, entre el yo y el mundo se realizan por la imaginación y no por los sentidos. Es una concepción paradójica, enteramente contraria al materialismo científico. ¿Es absurdo este punto de partida? ¡Cree!, afirma Blake. Si no crees por tí mismo, nadie podrá hacerte creer. Por consiguiente, «la verdadera ciencia es la intuición, la visión directa e indiscutible de la verdad». Dice Pierre Berger que si se examina la filiación de las «ideas» de Blake, se pueden encontrar vestigios de todas las creencias ocultas de las edades remotas hasta hoy: «gnosticismo, hermetismo, cábala, religiones orientales, brahmanismo, budismo, judaísmo, el cristianismo invertido, las visiones de Böhme y Swedenbor, las elucubraciones místicas de William Law y, sin duda, muchas otras cosas».

De este apocalipsis ideológico y mitológico se desprenden algunos principios que, sin embargo, aproximan a Blake a los ideales permanentes de la religión y ciencia modernos. Hélos aquí: 1) la unidad de toda la Humanidad, esto es, la fraternidad entre los hombres; 2) la unidad espiritual del hombre y la de todos los seres del universo, esto es, la bondad universal; 3) la dignidad divina del hombre, es decir, su identidad esencial con Dios; 4) la ilusión de la individualidad y la supresión total del egoísmo. Glorificando la libertad, Blake rechaza la tiranía social y hasta las leyes elementales. Ha elogiado la Revolución francesa y ha ponderado a América, donde creyó que nacería la libertad y condenó a la Europa utilitaria, especialmente a la hipócrita Albión. La Europa que esclaviza las almas, fué quien dió nacimiento al flagelo del materialismo, a la «religión de la Naturaleza» y la filosofía de la razón, a la cual Blake opone «la legitimidad de los instintos, de las pasiones, de los deseos que no pueden agotarse, porque la naturaleza humana es ilimitada, igual que los recuerdos de su divinidad». Odiando las tiranías religiosas y sociales, coloca en el primer plano el papel del artista, que debe ser visionario y profeta, intermediario de la eternidad y precursor de la «regeneración humana y universal mediante el olvido de las personalidades (el egoísmo), y por la unión íntima de cada cual en el Hombre eterno que es el Todo».

Esto, de hecho, significa panhumanismo que, en vez de arrancar de la biología—es decir, de la evolución ascendente del mundo exterior—considera al hombre como un centro cuya fuerza espiritual irradia de adentro hacia las «apariencias» del mundo, fuerza que lo eleva hasta las comuniones universales, en el éxtasis divino de la conciencia. «El plano suprasensual» desde donde observa Blake la vida humana y la historia universal, es con frecuencia inaccesible a la inteligencia moderna habituada con la disciplina de la lógica y la prudencia de la ciencia experimental. Contra ellas Blake escribió *Los Libros Proféticos*, que no son más que fragmentos impares, páginas incandescentes de fe, testimonios del caos lúcido (si así puede decirse), que se desarrollan, como escribe Berger, en «inmensos episodios, en narraciones incoherentes donde no existe ninguna de las leyes de la vida, donde ya no se tiene en cuenta el tiempo y el espacio, y donde las figuras se cambian como un calidoscopio que se agita eternamente».

No obstante, de este apocalipsis poético y profético, se desprende una fe regeneradora. Blake, fanático del espíritu, puede ser considerado algo más que un precursor «del más integral romanticismo», como un «endiosado de la imaginación y de la pasión». Por su empeño de integrar en el hombre la vida universal, vale decir, la esencia más pura y

consciente de la misma: el espíritu. Blake es uno de los creadores de valores morales y estéticos que todavía no encuentran lugar en los museos donde son conservadas las joyas frías de la ciencia, los fósiles de la historia y los monstruos de la técnica. La obra de Blake es un manantial vivo que penetra en las neblinas de las supersticiones y también en las rocas de la tradición libresco. Despierta la energía espiritual oculta en cada hombre. El repite la fe de los grandes visionarios: *la divinidad se halla en la conciencia de cada hombre*. En el bien y el mal de los humanos; en la fraternización del cielo con la tierra. Blake ha sabido penetrar profundamente en la dualista naturaleza del ser humano, igual que el dualismo universal. No cree solamente en el cielo de Swedenborg, lleno de fantasmas angelicales. Para valorizar plenamente este cielo, tiene necesidad del infierno terrenal. Y Blake ha añadido el satanismo, no como algo contrario a la divinidad, sino como un contrapeso que mantiene en equilibrio la balanza del Bien y del Mal.

## II.—EL GRABADOR

Los impulsos universalistas de Blake, sus esfuerzos de mantenerse en las corrientes tempestuosas de la eternidad, hubieran quedado incomprendidas, apenas adivinadas por algunos iniciados, si el autor de *Los primeros Libros Proféticos* no los hubiera ilustrado él mismo.

De un condensado estudio de Philippe Soupault, que contiene cuarenta planchas en heliogravado (1) resalta la línea firme de la vida de Blake. Su «oficio»—si se nos permite la expresión, ante un genio que flotaba por sobre las normas cotidianas—era de grabador. Es una de las artes más difíciles, que no reclama solamente «inspiración», sino la minuciosa perseverancia de la que dieron prueba únicamente los artesanos medioevales. En la actualidad, la técnica reemplaza en gran parte el talento. Blake ha hecho de la grabación un arte, es decir, un medio de expresión personal. Hasta entonces los grabadores reproducían las obras pictóricas. Blake se había empeñado en expresar mediante la grabación, de un modo original y directo, sus visiones y concepciones cosmogónicas. Una vez libre de la tutela de sus primeros maestros, creóse su propio estilo, que extrañaba o escandalizaba. Luchó como un verdadero solitario, no «para imponerse», sino para realizarse a sí mismo. Ha sido burlado, calumniado y esquivado. Conoció la más negra miseria, al lado de su esposa—el único ser que le tenía fe—. Durante seis años no abandonó el cuarto de trabajo. Los homenajes que le fueron tributados en el ocaso de su vida, el reconocimiento y la admiración que comenzaron a manifestarle algunos de los grandes pintores contemporáneos que lo habían «descubierto», las ofertas de los editores y las visitas de los «snobs», todo eso no ha perturbado el sereno aislamiento de Blake. No despreciaba a sus contemporáneos. Pero prefirió trabajar, hasta en el lecho de muerte, siendo fiel a sus grandes compañeros: los profetas de la Biblia, los héroes de Dante, los de Milton, los fantasmas de Young... Blake *hablaba* con Dante, con Milton, con Job, con Ezequiel, con Isaías, y también con las *vivas abstracciones* que se creaba. Sus grabados son, para nosotros, indicios definitivos, pruebas sin réplica de las visiones y pensamientos que no podían ser encuadrados en los límites concretos del mundo terreno.

Ilustró *Las Noches*, *El Paraíso Perdido*, *la Divina Comedia*. En cuanto a la Biblia, ella fué una fuente inagotable de inspiraciones. «Ilustrar» es una manera de hablar. Blake no fué en realidad un ilustrador, ni siquiera en el sentido tan notable de Gustavo Doré. No «traducía», no interpretaba el texto; no era el esclavo, sino el compañero congenial del autor. Los versos de Young, encuadrados dentro de las visiones de Blake, constituyen páginas de poesía íntegra. La palabra y la imagen se fusionan en una armonía que no



reclama fuera entendida—sino directamente sentida, como una revelación. El dualismo que caracterizaba a Blake—el alma y el cuerpo, Dios y Satán, la vida y la muerte—le ofrecieron la ocasión de llevar a cabo sus propias realizaciones, de renovar los temas viejos como el mundo, pero que fueron diferentemente interpretados por los hombres en cada siglo.

Sin los grabados de Blake, ni *Los primeros Libros Proféticos* hubieran sido impregnados de esa luz que procede del interior, dando expresión humana a las cosmogonías más trascendentales. Blake nos obliga a esforzarnos la imaginación hasta la alucinación, y pensar mediante las imágenes, no solamente a través de las palabras. En el «Catálogo descriptivo» de sus grabados, nos dice él mismo: «El que no imagina con trazos cada vez más fuertes y claros, en una luz más pronunciada y clara que la en que se hallan acostumbrados a ver sus ojos, ese carece totalmente de imaginación». Las visiones de Blake «aparecen infinitamente más perfeccionadas y están organizadas con más precisión que todo lo que puede ver el ojo mortal».

¿Qué sentido tienen esos precisos testimonios, si no el de la humana fuerza creadora, que anhela llegar a las ar-

monías supremas? Blake ha sido un demiurgo a su modo. No tuvo discípulos; los imitadores no lo pudieran alcanzar, porque su vida y su obra constituyen una unidad viva en las cumbres del pensamiento, del ensueño y del arte.

He aquí por qué Soupault nos dice que Blake no puede ser vulgarizado. «Nada esperaba de sus contemporáneos, porque no pretendía asombrarlos ni seducirlos. Tampoco cifraba su esperanza en la posteridad. ¡Poco le importaba si su obra perecía! La creó con incesantes esfuerzos, pero sin una finalidad determinada. Probablemente no podía ser de otra manera».

William Blake obedeció a su propia naturaleza, a esas voces interiores que parten del corazón del hombre, pero también de las esferas de la perfección universal. El ejemplo de este solitario queda como una advertencia para los sedientos de gloria y para los profesionales del arte, pero sin fe en el arte.

Eugen RELGIS

(1) «William Blake», colección «Maîtres de l'art moderne», París, 1928.

# LEYENDA DE FLORES

En un inmenso vergel perdido una multitud de flores silvestres se apiñaban al abrigo de un viejo abeto.

Hablaban en coloquios mudos de otoños grises, de inviernos crudos de hojas muertas.

Hablaban, como las avejillas, tranquilas, en la pacífica espesura de un bosque virgen, como flora risueña de eterna primavera, de pétalos perennes en su pura fragancia.

Un clavelito temprano pudo sin temor decir: «una hermosa dalia, nos habló una vez del hombre, que arranca de todos los rosales la selecta juventud de los más lindos colores».

«¿Quién es el hombre?» dijo un lirio intranquilo. Un experto pensamiento respondió: «El hombre es un animal que anda con dos pies, habla, gesticula y se viste con trapos».

«Es el dios de la Naturaleza», añadió una azucena.

Unos jazmines escuchaban embelesados, se oyó también el murmullo de una hortensia: «Dicen que es un ser de sangrienta leyenda».

Las rosas de un escaramujo respondieron: «¡Ah!» Y el más viejo de los pensamientos añadió: «Las flores también tienen leyenda».

Y todas juntas exclamaron: «¡Ah!»

Y el pensamiento: «Sí, sí. Las flores tienen leyenda, todo es necesario en la vida, hasta el per-

fume, porque hay vanidad, aun en los más puros jardines.

La floresta se juntaba embelesada como escuchando un cuento de hadas.

«Sí, capullitos míos, escuchad vosotros también, la leyenda aventurera de una flor: las plantas eran besadas por el sol y bañadas por las perlas del rocío».

Quando el angelus vespertino anunciaba el reposo a los mortales y las pupilas florales se cerraban para dormir bajo las estrellas, y el trinar de alegres ruiseñores les arrullaba con sus melodiosas canciones. Al amanecer se abrían de nuevo los pétalos despertados por lo jolgorica sinfonía de todos los pajarillos del bosque. ¡Oh, qué felices eran en aquel jardín! Un día, una flor temprana quizás volar para explorar jardines desconocidos. Una madre selva le habló con cariño: «Te es necesario que conozcas otros horizontes? ¿Qué deseos te impulsan a buscar nuevos destinos?»

Quiero vagar por los espacios infinitos, recrear mi propia vida».

Y una margarita expuso: «quiero descubrir sensaciones, quiero marchar — insistió la flor inexperta, cuando vuelva os traeré nuevos mensajes».

«Vuela pues», dijeron todas.

Entonces sus pétalos rasgaron la brisa suave para perderse lozanos en los países sin nombre.



Después el manto de la noche abrió la tormenta, y los elementos naturales hicieron la flor estremecer.

El grisáceo amanecer le aportaron otros mundos; fraguado en la despierta pesadilla de un vivir exaltado e incierto.

Voló sobre la mujer rubia, y el hombre moreno.

Sobre la opresión violenta de tallos presos.

Sobre las ventanas sin luz de flores muertas.

Marchaba lejos perdiendo sus pétalos, vió el camino roto. La jaula del ruiseñor ciego, rosales calcinados con esqueletos vivos, hombres presos en cercos de alambradas, la muerte colectiva de batallas sangrientas, espectros vivos con trajes rayados, hornos crematorios ardiendo noche y día, el terrible compás del «schlague» siniestro, fué testigo del jardín carbónico.

Cuánta y cuánta sangre vió aquella flor que, sin

voz ni aliento para hablar, cayó extenuada sobre el cuerpo de un herido agonizante.

«¿Ves, ves?» le dijo éste, «has terminado por marcharte. Huye, pero cuenta los mensajes de nuestra historia, díles la verdad de nuestra tragedia».

Pero la rosa que murió con aquel cuerpo, no tuvo más fuerzas para volver, y una paloma mensajera recogió los últimos alientos de su voz.

Fué al delicioso jardín para decir: «La rosa no volverá más, porque ha sido sorprendida por el mundo.»

Sus últimas palabras fueron tristes: «Decid que continúen en su tallo en el césped infinito de los jardines puros, porque muero en las entrañas de la vida, manchada de la misma sangre que a chorros mana del corazón de los hombres».

VOLGA MARCO





## Poetas de Ayer y de Hoy

### ENSAYO

Son las doce en todos los relojes.  
Se queman los caminos de Andalucía;  
Los hombres y mujeres dejan los trojes  
Y el cortijo se llena de algarabía.  
Vacíanse botijos, platos y botas  
Al monótono canto de las chicharras  
Que difunden al aire cálidas notas;  
Y vuelven a llenarse vasos y jarras.  
El calor ha agotado a la pobre plebe  
Que del campo recoge rica cosecha;  
Así como en invierno la fría nieve  
A los pobres, también, en su cerco estrecha.  
Labor cruel, pesada, agotadora,  
En que nacen y mueren miles de gentes  
Por las que nadie gime, reza ni implora  
Ni les pide siquiera muertes clementes.  
Arrástrase el reptil, los pobres lloran;  
El lujo y la molicie se difunden,  
Y riqueza tras riqueza se atesoran  
Mientras otros, quizás, más y más se hunden.  
El Sol sigue su curso; soberana  
La hostia blanca, con su luz ardiente  
Triunfal ha terminado la mañana  
Y dirige su faz brillante al Occidente.  
Ese Sol inclemente y torturante  
Que en nuestra Andalucía, persevera,  
Insiste, quema, y ciega rutilante  
En el monte, en la playa, en la pradera.  
Mas también el Sol se hundirá en el ocaso,  
Y tomarán sus reflejos mil colores  
Que, a su regreso, alumbrarán el paso  
Al ejército de los trabajadores.  
La choza les espera, y sus hijitos;  
La esposa, dócil, enjuta y agotada.  
El alma se abrirá a los dulces gritos  
Y a la presencia de la mujer amada.

\* \* \*

El hombre busca el nido, cual las aves;  
Busca el hogar colmado de delicias,  
Busca en la mujer sus palabras suaves  
Y busca de los hijos las caricias.  
Busca el amor, y así busca el sosiego;  
Busca la Paz del plácido remanso;  
Anda de prisa para llegar luego  
Y alcanzar pronto su casa y su descanso;  
Descanso temporal que le sostiene  
Mientras espera, verano tras invierno,  
La solución final que veloz viene:  
Que es, sumar su morir al vivir eterno.

\* \* \*

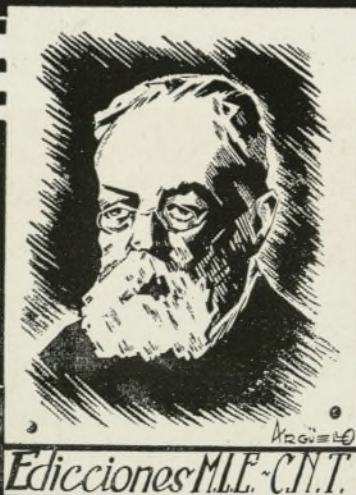
Y el tiempo seguirá siempre inflexible;  
Quemando el Sol, la cuna, la mortaja;  
Y el hilo de los siglos impasible,  
Traspasará, inclemente, al que trabaja.

ALBERTO CARSI.



Anselmo Lorenzo

# EL PROLETARIADO *Militante origen del* Sindicalismo



## EL PROLETARIADO MILITANTE

(Origen del Sindicalismo)

Por **Anselmo LORENZO**. Dos tomos con 528 páginas. Precio de los dos tomos, incluidos los gastos de envío, **250 francos**.

Pedidos a «CNT»

4, rue Belfort, TOULOUSE

C.C.P. 1197-21 — Toulouse

## “La C.N.T. en la Revolución Española”

por **José PEIRATS**

Materias contenidas en el segundo tomo:

- Capítulo XVI. — ESPAÑA ANTE EL MUNDO.
- Capítulo XVII. — VIDA ORGANICA Y UNIDAD SINDICAL.
- Capítulo XVIII. — LA SOMBRA DEL KREMLIN.
- Capítulo XIX. — EL MILAGRO DE LAS INDUSTRIAS DE GUERRA.
- Capítulo XX. — LA MAREA CONTRARREVOLUCIONARIA.
- Capítulo XXI. — LOS SANGRIENTOS SUCEOS DE MAYO.
- Capítulo XXII. — LA CRISIS DEL GOBIERNO LARGO CABALLERO.
- Capítulo XXIII. — OCASO POLITICO DE LA C.N.T.
- Capítulo XXIV. — IRONIAS DE UN PRIMER ANIVERSARIO.
- Capítulo XXV. — DESTRUCCION DEL CONSEJO DE ARAGON.
- Capítulo XXVI. — LA CRISIS DEL PARTIDO SOCIALISTA.

Precio del ejemplar: **700 francos**

Diez por ciento de descuento a partir de cinco ejemplares. Pedidos a «CNT», Hebdomadaire. C.C.P. 1197-21. TOULOUSE (H.-G.).

**80 frs**

Ayuntamiento de Madrid